REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 23 de Enero | Núm. 3

Año XIII. No. 571

SUMARIO:

Una hora con B. Sanín Cano

El ambiente en que trabaja el maestro.—Cine, periodismo y radio.—La inutilidad de las escuelas literarias.—La lucha de las generaciones.—Los literatos jóvenes de Colombia.—López de Mesa y Alejandro López.—La novela y el maquinismo.

= De *Lecturas Dominicales*, Bogotá =

Baldomero Sanín Cano nos recibe en su cuarto de trabajo, en medio de sus libros y sus cuadernos de notas. La habitación es pequeñita, pero tiene un ambiente acogedor con sus sillones y su chase longe profundos, tapizados en rojo oscuro. Esta mesa donde trabaja el maestro es la misma donde lo encontramos por primera vez hace unos cuantos años, afanado en corregir con su letra escalonada y difícil, las copias de un artículo para "La Nación", de Buenos Aires. Es una mesa sencilla, casi pobre; con escaparate de libros al frente y sin complicados alardes de talla o de pulimentación. En los muros hay dos o tres grandes cuadros de pintores argentinos, realizados con un vigor y una novedad colorista admirable. También figura allí una copia del Greco: "El entierro del Conde de Orgaz". Sobre otra mesa hay ceniceros de plata antigua, una tabaquera de cuero, porcelanas... Y en todas partes, libros, libros, libros

El maestro es un hidalgo. Un noble y gentilísimo hidalgo que tiene la cabeza de nieve y los ojillos vivaces. Hay algo duro en la expresión de la cara curtida, reseca por el viento de todas las latitudes, que desaparece apenas empieza a conversar. Habla con pausada facilidad, demorándose a veces unos pocos segundos para escoger el vocablo preciso, para redondear con justeza el concepto. No puede ser pedante. Su maravillosa flexibilidad espiritual le ha dado esa sonrisa de dos filos que como la de Fradique Mendes, descubre veinte siglos de literatura y que él coloca como un ácido sobre sus creencias y sobre las creencias de los demás. El humor, que es como la vena profunda y subconsciente de su conformación espiritual, lo lleva a veces a la mordacidad, pero una mordacidad aquilatada, de finísimas puntas.



Sanín Cano
Visto por *Rendón*

El maestro tiene una mirada inquisidora, esculcadora de hombre-vigía que quiere mirar muy adentro. Escudriña el horizonte espiritual del interlocutor con una pericia de viejo catador. Cuando se entusiasma, levanta la voz y acciona con el brazo derecho, llevándolo a la altura de la cabeza. Se le tornan, por breves instantes, más sonrosadas las mejillas. Luego vuelve al tono confidencial exquisito de su charla.

El maestro se acomoda en un sillón y empieza a hablar, jugando inconscientemente con sus gafas que están prendidas a un ojal de su chaleco por un cordón negro, ceremonioso.

La entrevista fluye sin dificultades con una cordial sencillez, sin que durante ella haya necesidad de preguntas protocolarias, pues el maestro conversa sobre todos los temas, con una precisión admirable. Pero nos vamos sorprendiendo. Cómo vamos a sintetizar este maravilloso caudal en el esquema limitado de una entrevista de periódico? Todo lo que nos está diciendo el maestro en este momento hay que recordarlo, nos decimos. Pero cómo, si lo que ha empezado a decirnos es tan interesante, más admirable que lo que dijo? Queremos tomar algunos apuntes, pero el lápiz se nos muere en el bolsillo de pena, de rubor, de inhibición.

Además—pensamos—debe desagradarle invenciblemente esa pauta que para un hombre de tanta libertad conceptual y expresiva, debe significar el lápiz del entrevistador.

Cine, periodismo y radio

La conversación se orienta hacia el tema del periodismo. Y a

Una encrucijada de la civilización

Conferencia dictada en la noche del 24 de noviembre pasado por el maestro Sanín Cano, en el Foyer del Teatro Colón, de Bogotá, en la serie iniciada por el Centro de Estudios.

El mundo es en este momento teatro de una profunda transformación en todos los órdenes de la vida internacional, de la vida aislada de los varion países, y aun de la conciencia de los individuos. Como ha sucedido frecuentemente en la historia de transformaciones semejantes, la presente tiene su origen aparente en una guerra universal formidable y en hechos económicos procedentes de esa guerra o anteriores a ella.

Cambios morales y cambios económicos

La misera condición humana que nos mantiene ligados a la satisfacción inmediata de necesidades diarias como la alimentación y el vestido, es causa de que no alcancemos a percibir los efectos de la transformación sino cuando se presenta con caracteres de trastorno

(Pasa a la página 35)

una opinión nuestra, el maestro Sanín replica, diciéndonos:

—El periodismo, o mejor los grandes diarios del mundo atraviesan una hora difícil. Primero fué la batalla entre el libro, la revista y el periódico. Estos dos últimos han matado al primero, o, si no lo han matado, lo han dejado agonizante. Fíjese usted que son muy pocas las gentes que compran libros. Y es muy sencilla la razón. Los libros aparecen primero en forma de artículo de folletín o de ensayo en los periódicos. Y si no en los periódicos, en las revistas. Hoy es un lujo hacer un libro y es una hazaña venderlo. Pero ha llegado la segunda batalla: el radio y el cinematógrafo, están matando al periódico y a la revista. Las gentes no tienen ya necesidad de enterarse de la marcha del mundo por la letra del molde. Uno, dos, cien "speakers" se la comunican rigurosamente todas las noches o a cualquier hora del día. Y el Pathé de sucesos mundiales es un periodismo gráfico admirable. En Londres se acaban de cerrar dos grandes diarios, uno de ellos, el "Daily News", de orientación liberal y que tenía un suplemento literario donde colaboraban las mejores firmas intelectuales de Inglaterra. Y en los Estados Unidos el fenómeno es mucho más agudo.

El maestro habla luego sobre el periodismo en Sur América. Dice:

—Es indudable que los diarios de Bogotá son los mejor escritos del continente suramericano. Los diarios de la Argentina, que han sobrepasado en potencialidad económica a los demás de Sur América, no han logrado, sin embargo, conquistar esa pulcritud con que se escriben aquí.

La vanguardia literaria

En este punto se nos cae una pregunta de los labios a la que Sanín Cano responde con mucha viveza:

—Sí. Evidente. La producción literaria de la Argentina es muy mediocre. En Bogotá se escribe bien, porque ello como que está en el ambiente, en la tradición. En Buenos Aires no. Naturalmente hay excepciones muy notables. Por ejemplo, el caso de Margarita Arsamasseva, que es una escritora de la más cautivadora sensibilidad. Este caso es excepcionalmente interesante si se tiene en cuenta que ella nació en Rusia y que escribe en español en un estilo de gran belleza. Hay también el caso de Jorge Luis Borges, que escribe, con talento indiscutible, unos cuentos en los cuales relata hazañas terribles de gauchos que se matan a puñaladas. Borges pone en su prosa tal vez por contraposición con lo que le ha correspondido ser en la vida, un vigor, una vitalidad, un matonismo extraordinarios. Además, Borges es uno de los caudillos de la avanzada literaria que quiere remozarlo todo, renovarlo todo, revolverlo todo. Como primera renovación en el lenguaje, ha resuelto escribir quitándole a casi todas las palabras que terminan en "d", esa letra que él considera como un adminículo innecesario y desagradable. Escribe, pues, "caridá", "virtú", "diafanidá". Pero tiene talento, que es lo indispensable.

—Aquí también ha habido un conato de revolución literaria maestro. Unos cuantos muchachos proclamaron desde las páginas de una revista la guerra a las mayúsculas, como el símbolo de la vanguardia literaria en Colombia.

—Eso no es vanguardismo. Stefan George usa ese sistema desde hace más de 50 años. Todas esas revoluciones tipográficas, toda esa proclamación de escuelas, no tienen importancia alguna. De las escuelas literarias no queda más sino las obras donde haya talento. Nada más. La aparición de Mauricio Barrés en las letras francesas fué un escándalo. Nadie entendió entonces "El hombre libre", que se consideró como una extravagancia del grupo literario en el cual militaba Barrés. Y ya lo ve usted: hoy "El hombre libre" es una obra "clásica". De la escuela de Barrés, no quedó sino su nombre unido a dos o tres más. El resto desapareció. Pero qué pasó aquí entre nosotros con Guillermo Valencia? Cuando escribió en el poema a Julio Flórez, "muy negras son tus canas, oh, trágico sombrío..." hubo un verdadero escándalo en esta ciudad. Ese verso pasó como una mecha de incendio, suscitando una ira casi colectiva. Y hoy todos recitan a Guillermo Valencia, que también es un "clásico". Es curioso cómo en todas partes se suscita ese fenómeno del encono de la muchachada contra los escritores de la generación anterior. En Buenos Aires nos llaman "pasadistas" y son de una intransigencia encantadora. La señora Victoria Ocampo fundó una revista llamada "Sur", como órgano de la juventud literaria, pero quiso hacer una excepción para ciertos viejos escritores. Los muchachos le manifestaron entonces que si le daba hospitalidad a uno solo de los "pasadists", se quedaría sola. O se quedaría con nosotros. Ella, naturalmente, se quedó con ellos. Pero nada de estas cosas tienen importancia para la realización de la obra de talento. Ella subsiste a pesar de las escuelas, de las estridencias, de las revoluciones.

—Usted, maestro, ha seguido de veras el movimiento literario entre nosotros?

—No. No lo he seguido de cerca. Pero sobre todo, dónde se puede seguir, dónde se hace palpable ese movimiento? No existe una revista donde se pueda pulsar. Y entiendo que son pocos los libros que se publican. Hace pocos días me fueron enviados dos libros de autores jóvenes: "Entre Dios y el Diablo" de Alejandro Vallejo, y "El Fugitivo", de Adel López Gómez. Hasta el momento no he leído sino el primero. Y le diré que es... un cuento escrito desganadamente. Hay un carácter en ese libro pintado con acierto: el del marinero. Vallejo no es ese libro. Vallejo es mucho más inteligente que ese libro. Entre los jóvenes me parece Rafael Maya un estupendo escritor de prosa y de verso. Hay aquí un gran desvío por la crítica literaria. No les interesa. Como tampoco a nadie le interesa el ensayo filosófico o con tendencias filosóficas.

Nos acordamos al momento del profesor López de Mesa. Y le soltamos la cita con cierto afán de contradicción. Nos dice:

—El doctor López de Mesa es una especie de filósofo alemán, que necesita de un libro para expresar una idea. Es indiscutiblemente un hombre cultivadísimo. Su libro sobre la Cultura Colombiana tiene apreciaciones admirables y le servirá eficazmente como indica a la persona que haya de escribir la verdadera historia de esa cultura. Ese otro libro de él, "La civilización contemporánea", es un ensayo largo, escrito como todos los suyos, en un estilo pedagógico.

Citamos entonces el nombre de Alejandro López. El maestro replica:

—El señor Alejandro López escribe ensayos sobre cuestiones económicas en un estilo claro, pero donde no hay nada sobrenatural, nada que concuerde en verdad con lo que debe ser el ensayo. Porque el ensayo trata de averiguar una cosa, de exponer un hecho. Los dos López tienen de pronto iluminaciones subitáneas y escriben entonces para probar una cosa que ya está averiguada. Ortega y Gasset es el tipo perfecto del "ensayista". A veces es tan diminuta, tan pequeñita la causa de su ensayo, pero le da la calidad de una voluta, le da tantas y tan admirables circunvalaciones que de pronto los círculos se han estrechado hasta dar con la medida. Todo ello en un nobilísimo estilo.

La novela y el maquinismo

El maestro se levanta un momento de su sillón, para apagar su tabaco, del que ya no queda sino un centímetro escaso. Nosotros nos incorporamos también, aprovechando esta circunstancia. Leemos los rótulos de los libros que están más cerca. Hay un Peter Altemberg,—Peter Altemberg, que por allá en los comienzos de este siglo se creyó en Bogotá que era una creación de la fantasía de Sanín Cano — un Tomás Mann, un Lawrence, un Lyton Strachey, un Stefan Zweig. Miramos con disimulo la mesa donde escribe el maestro. Hay unas cuartillas en alemán. El maestro ha terminado de apagar su tabaco y vuelve a arrellanarse en su silla. La conversación se orienta entonces hacia temas generales de la literatura. El maestro habla con una erudición desconcertante sobre las literaturas inglesa y alemana. Se nos viene a las mientes formularle una pregunta concreta sobre la decadencia de la novela que se la dejamos caer súbitamente en medio de su disertación. Y nos responde:

—La novela está como los grandes diarios, en un período difícil. En Alemania no. Alemania tiene ahora un novelista insuperable: Wasserman, quien ha escrito "El caso Mauricio", que con ese solo libro le bastaría para tomar puesto de honor al lado de los grandes maestros de la novela en la literatura mundial. Pero en Francia, qué hay ahora—con excepción de Valery y de Gide, que son hombres de más de 50 años—que valga la pena? Hay una generación de jóvenes escritores que escriben como para que uno se divierta leyéndolos. Mauricio Bedel es un ejemplo de lo que digo. Y en España? España vive de sus viejos escritores también. Baroja, Valle Inclán, Azorín, Pérez de Ayala, Araquistain. Pero entre

los jóvenes yo no veo al novelista, al novelista digno de parangonarse o digno sucesor de los que le acabo de citar. Inglaterra, como Alemania, tiene también un equipo de novelistas maravillosos: Lawrence, Virginia Woolf, James Joyce. Virginia Woolf es una continuación de Joyce, pero más clara, más factible de leer. No me refiero en este caso sino al Joyce de "Ulises", no al de "Los Dublineses". Conoce usted "Los Dublineses"? Son unos bocetos de la vida de Dublin, sencillamente admirables. Pero el "Ulises"... claro está que el "Ulises" también se puede leer, pero se necesita para ello que lo hayan preparado a uno... fisiológicamente como a algunos enfermos para ciertas intervenciones quirúrgicas.

A la novela la está matando el maquinismo. El hombre no dispone hoy sino de un limitadísimo tiempo para entregarse a la lectura. Así se explica la preponderancia del ensayo y de la biografía. La biografía se lee especialmente por un sentimiento de pudor. Nos sentimos tan insignificantes los contemporáneos, tan ridículamente pequeños que como una evasión nos consumimos en la contemplación de las vidas del pasado. Y a propósito: qué admirables maestros de la biografía hay en Europa. Dos nombres me parece que llevan el cetro de ese estilo en la literatura actual: Lyton Strachey y Stefan Zweig. Ludwig y Maurois son hermanos menores. La biografía de Disraeli por este último me interesó mucho, pues yo no conocía en detalle esa vida. La sabía en globo. Pero el Byron, le confieso francamente que se me cayó de las manos. Maurois tiene especial interés en demostrar en ese libro una cosa que la sabe todo el mundo, todo el mundo letrado, claro está; las relaciones ilícitas del poeta con su media hermana. La vida de Shelley no es una biografía. Es una mala novela.

El maestro hace una pausa. La entrevista se ha alargado demasiado y desde el fondo de la casa, una voz infantil llama:

—Sanín, Sanín.

Nos ponemos en pie. El maestro lleno de afabilidad nos acompaña hasta la escalera. La luz eléctrica ya está encendida en el corredor. Se detiene un momento para decirnos:

—No se olvide enviarme las pruebas de esta conversación. No quiero mortificar a nadie, ni que me vayan a matar. Todavía le hago mucha falta a mi familia. Buenas tardes.

H. T.

Una encrucijada de la civilización

(Viene de la pagina 33)

económico. Pero siempre el cambio moral de los individuos precede a las modificaciones o vuelcos económicos. El imperio romano se deshizo, como lo ha explicado Ferrero, por consecuencia de fenómenos fiscales y económicos superiores a la inteligencia de sus directores en el período final de la decadencia.

La decadencia romana y la de la post-guerra

En su preciosa y no superada historia de la declinación y aniquilamiento definitivo del imperio romano, dice Gibbon que "las frecuentes y regulares distribuciones de vino y aceite, de trigo o pan habían libertado casi por completo a los más destituídos entre los ciudadanos de Roma, de la necesidad de trabajar para procurarse el sustento". Es una gráfica anticipación de la manera como están resolviendo algunos países de Europa el problema de la desocupación. Pero el elemento disolvente de mayor fuerza y anterior a los trastornos de la agricultura y del comercio era la modificación operada en el espíritu del hombre por causas de mayor trascendencia, entre las cuales no la única, pero acaso la más significativa fué el pensamiento cristiano. El hombre del siglo cuarto después de Jesucristo, tenía de la sociedad, del gobierno, de la riqueza, del trabajo, de la patria, del estado nociones muy distintas de las que formaron la conciencia del ciudadano romano en tiempo de Cincinato. En diez siglos la humanidad romana había cambiado considerablemente. Había un manifiesto cansancio del espíritu, una indiferencia creciente para con el valor de las cosas materiales y ante los placeres y la vida misma. La literatura de los tiempos de Cicerón y de César ya muestra indicios claros de ese lamentable estado de espíritu. El profesor Mainzer en un libro fascinador por su sencillez y profundo significado, aplicable como un programa a los tiempos actuales, analiza el estado de espíritu a que me refiero en la escasa obra de Catulo, y sin salir de ella señala con minuciosidad y gracia edificantes las semejanzas entre el hombre de las postrimerías del siglo primero antes de Cristo y el primate de 1914.

El desarrollo del maquinismo

Este año fatídico señala una división profunda entre dos épocas históricas no porque en ese año precisamente fuese más visible el cambio de la conciencia universal, sino porque un suceso material de grande importancia empezó a hacer visible la modificación de que nos ocupamos. Antes de 1914 la técnica se desenvolvía con aparente rapidez, pero conservándose afortunadamente en su maravilloso desarrollo dentro de la dirección y el dominio del hombre. La máquina era un servidor de la economía y de las finanzas, porque los magnates de la industria conservaban el dominio absoluto de los ingeniosos mecanismos con que los regalaban poco a poco la inventiva de los investigadores o la casualidad generosa. También conservaban la dirección de la técnica estos capitanes de la industria que en más de una ocasión dejaban dormir en la sombra algún invento útil y sencillo cuya fácil aplicación podía lastimar intereses creados al rededor de la suculenta explotación de una máquina menos perfecta.

La guerra de 1914 soltó las amarras todas de la inventiva humana. Antes de esa época la industria estaba en unas pocas manos y los directores de ella vivían en plácido entendimiento de Berlín a Londres y New York, y de París a Estocolmo y San Petersburgo. "Las ciencias adelantaban que era una barbaridad", pero siempre bajo el control de los famosos parientes del antropoide en las cinco partes del mundo. Durante la guerra desaparecieron el control y el acuerdo anteriores. Cada grupo de beligerantes le dió suelta absoluta a la inventiva humana para crear nuevos medios de destrucción o darles mayor fuerza catastrófica a los ya existentes. Las fábricas y manufacturas de elementos propios al sostenimiento de la civilización, las ya suntuosas plantas de la industria, se convirtieron en malhadados ingenios donde se preparaban instrumentos infernales destinados a ejercer el estrago sobre los enemigos del momento. Con los años de lucha creció desmesuradamente la capacidad destructora de las máquinas puestas al servicio del mal por una técnica que parecía superior a sí misma. Las fábricas de donde salían antes de la guerra, como resultado de un trabajo regular y ordenado, cuchillería inocente o cascos de acero para buques, llegaron a adquirir una potencia sobrehumana en el despacho de instrumentos de desolación.

El exceso de producción

Al terminar la guerra, aquellas plantas hercúleas volvieron a entregarse a las labores civilizadas de la paz con la mira de producir las cosas necesarias para entretener la vida y hacerla menos ruda que antes de aquella hecatombe. Como el mundo estaba escaso de muchas comodidades y aun de las cosas necesarias para satisfacer las primordiales urgencias de la vida, aquella maquinaria portentosa llenó en los primeros años posteriores a la guerra su misión civilizadora de suavizar la vida dándole al espíritu más largas horas de expansión después de cumplidos los deberes de la diaria faena. Pero había crecido de tal manera la capacidad productora del hombre aplicada a la explotación de los instrumentos con que se había enriquecido la técnica, que al cabo de pocos años era visible que el abasto del mundo había pasado en todas sus líneas el límite si no de las necesidades por lo menos del consumo. Por razones de la desigualdad de distribución de la riqueza y la carestía o insuficiencia de los medios de transporte el hombre no podía consumir todo lo que producían las máquinas de un lado y los campos de otro, sometidos a tratamientos nuevos de acuerdo con las recientes invenciones de la agronomía.

La intervención de la psicología

La técnica agobiada por el peso y la inmoderada capacidad de sus elementos de producción llamó entonces en su auxilio a la joven ciencia de infinitos recursos llamada sicología. Los técnicos por lo general no le dan a la sicología el nombre de ciencia y la tratan de ordinario con desdén suficiente en épocas que no salen de la normalidad. Pero esas pequeñas preocupaciones desaparecen en los tiempos aciagos para dar lugar a otras de carácter más agudo y más intransigente. Para disponer del exceso de productos creados por la técnica se echó mano de la sicología. Era menester influir científicamente sobre el alma humana para convertir en comprador al ciudadano, remiso poseedor de dineros, más inclinado a guardarlos que a deshacerse de ellos frivolamente; o para convencer al desposeído de que aun sin tener dineros podría, si tal era su voluntd, adquirir por compra objetos necesarios para su bienestar o enteramente superfluos. La sicología vino a entrar en el dominio de la técnica. Las universidades de cierto país supercivilizado (quiero decir civiliza-

do en la superficie) abrieron cursos especiales para enseñar la manera de procurarse compradores por medio de la frase oral o usando con el debido talento del anuncio en los grandes diarios. Por su parte los grandes diarios habían sufrido durante la guerra una transformación fundamental. De órganos de la opinión se habían convertido en sus vasallos; de propugnadores de la reforma como lo habían sido en 1832, en 1848, en 1909, habían pasado a ser obsecuentes servidores de la rutina, y para llenar cumplidamente estas dos funciones se transformaron por desgracia en instrumentos de una fuerza enorme para desfigurar la verdad. Ningún vehículo más apropiado para convencer al hombre desprevenido de que debía comprar lo supérfluo que aquellos diarios europeos y saxoamericanos cuya habilidad para desfigurar la verdad y lisonjear los apetitos inferiores de la especie y excitar sus malos sentimientos había sido probada en cuatro años de perturbación mental incurable, de olvido completo de toda noción cristiana.

El supervendedor

Así como en el renacimiento surgieron hombres de la ideal estatura de da Vinci y León Battista Alberti que representaban el florecimiento más fastuoso del espíritu humano en sus facultades más cautivadoras, o a la manera en que Lutero y Savonarola son como el espejo de los grandes anhelos de reforma en una época de transición. el segundo decenio de nuestro siglo vió aparecer en el cielo de la técnica al supervendedor, al "supersalesman", al individuo que vendía más que los otros poniendo en juego sus facultades suasorias vastamente desarrolladas para ese fin especial por las universidades modernas. El "supersalesman" era en ocasiones, aunque no siempre, hábil redactor de anuncios preparados mañosamente para un público de gentes desprevenidas; pero las necesidades de la técnica y las exigencias impuestas por la ley de división del trabajo ponían a menudo la tarea de anunciar en los diarios en manos de peritos especiales.

Así quedó organizada la campaña para descongestionar los depósitos de la industria y el comercio llenos de bote en bote a causa de la excesiva capacidad a que había llegado la maquinaria desordenadamente ampliada y perfeccionada por las necesidades de la guerra. El plan fué majestuoso, y en los primeros años de su práctica produjo resultados asombrosos.

El castigo de los dioses

Precisa no perder de vista una circunstancia que le da al problema perfiles de castigo olímpico. La gran producción industrial de los años posteriores a la guerra consistió principalmente en artículos suntuarios. Llegó a proporciones fabulosas el número de automóviles, fonógrafos, cintas de cines, aparatos de fotografía, medias de seda, de caprichosas baratijas lanzadas al mercado de ambos mundos por las fábricas en actividad febricitante. De esta manera, en una forma subrepticia y tentadora, el sistema de destrucción de riqueza ensayado durante la guerra con un éxito asombroso y en proporciones desconocidas vino a ser reemplazado con la producción desordenada de lo supérfluo.

Los artículos de lujo

Como dato ejemplar y luminoso para los financistas y profesores de estadística baste citar la cifra suministrada por un ministro de hacienda colombiano, de un millón y doscientas mil victrolas introducidas al territorio de su jurisdicción en 1929, año tenebroso para los hombres de las grandes ventas en el país de Washington. Si a eso se agregan los automóviles, los utensilios de cocina, los muebles, las máquinas de lavar sin agua y de cocinar sin fuego que entraron al país en ese año, el discreto auditorio puede formarse una idea de la obra fantástica de engaño colectivo llevada a cabo en cinco o seis años por la técnica en asocio con los supervendedores, los grandes diarios, las publicaciones semanales y los famosos "magazines" de ambos continentes. No olvidemos que en esta tarea coadyuvaron con entusiasmo extraño a sus tradiciones las instituciones de crédito. Por primera vez se vieron inundadas las tranquilas ciudades de un continente ingenuo por los agentes bancarios, llenas las manos de ofertas. Estos no ofrecían artículos de comercio sino empréstitos a precios tentadores. Se reconocía sin embargo, bajo la superficie, el influjo del supervendedor porque entre las cláusulas del contrato de empréstito se deslizaba cautelosamente la obligación de comprar a determinada casa o a lo menos en el país de donde provenía la suma prestada los materiales destinados a las obras proyectadas por el prestatario.

Siento haberme extendido profusamente en la descripción de fenómenos conocidos perfectamente del auditorio. Era necesario traerlos a la evidencia con el objeto de hacer más plausible la tesis cuyo desarrollo es objeto de esta conferencia.

Un alto de la humanidad

Hemos llegado a una encrucijada de la civilización. La humanidad hace alto en su marcha considerando cuál de las dos desviaciones a su vista ha de tomar, ya que la vía recta parece obstruída definitivamente. El hombre ha perdido el dominio de los agentes preponderantes en la obra de la civilización. Se le escapan a una la técnica con sus infinitas complicaciones y el crédito sobre cuya base descansaba hasta ahora todo el mecanismo de los cambios internacionales; todas las combinaciones en grande y en pequeño de la industria y del comercio.

"La República de Ninguna Parte"

Samuel Butler, humorista inglés, de vena corrosiva, y de una franqueza desusada en sus tiempos de puritanismo intransigente, publicó en 1872 una novela de título "Erewhon" (anagrama de Nowhere), en la "República de Ninguna Parte", como si dijéramos, destinada a hacer ver con gracia, no exenta de amargura, las flaquezas de la cultura británica en ese momento de su historia. La novela tiene un capítulo profético y de hondo significado moral y económico donde el autor explica por qué razón los habitantes de "Ninguna Parte" habían llegado a eliminar de su organización social y de sus procedimientos industriales toda clase de maquinaria. El viajero que relata sus impresiones en el país de "Ninguna Parte" refiere que al entrar le privaron en las aduanas de su reloj de bolsillo, no sin que los agentes del gobierno en aquella repartición dieran señas de un temor supersticioso. Todavía duraba en la memoria de sus habitantes la imagen del estrago causado en la comarca por el desarrollo excesivo de la maquinaria a impulsos de la técnica. Sin pretensiones científicas, tan sólo con el ánimo de divertir a sus lectores, Butler describe animadamente el proceso según el cual la máquina va reemplazando las actividades humanas e invadiendo los campos de la misma razón del individuo. Con una sutileza incomparable llega a describir la posibilidad de que adquiridas por la máquina la razón y la voluntad, llegue a adquirir también la capacidad de reproducirse como los animales. Este libro con otros del mismo autor, entre los cuales figuran una novela autobiográfica, en cuyas páginas está expuesta a la execración de las gentes con una sagacidad y gracia cautivadoras la vida en familia de un clérigo protestante y una larga y minuciosa disquisición filológica encaminada a demostrar que el autor o autora de la Odisea fué la propia Nausica de perfil eterno que aparece en el divino poema ocupada en lavar las ropas de su padre, pasaron inadvertidos para la generación de que formó parte Samuel Butler. "La República de ninguna parte" se hizo carne cuando algún analista implacable de las miserias y contradicciones de su tiempo la señaló al público de la Gran Bretaña como un libro profético. Había sido publicado en un momento en que la máquina había dejado de ser una amenaza para el obrero. Empezaban a entenderse el potentado industrial y el obrero que veía aumentar, aunque en pequeña escala su salario. No era ya la época de 1832 en que el obrero se creía en peligro de sucumbir de hambre a causa de la excesiva eficiencia de la máquina frente a la lentitud necesaria de la mano del hombre. Tampoco el obrero de nuestros días manifiesta animadversión por la máquina. Se ha acostumbrado como lo profetizó Butler a considerarse él mismo como un muelle muy interesante de los mecanismos de que forma parte y a dejarse dominar por ellos. Como veremos más adelante es el dueño mismo de las grandes plantas mecánicas el que empieza a desconfiar de esos vastos organismos materiales de cuya obediencia estuvo seguro un tiempo, pero que hoy empiezan a dominarlo.

Las ciencias matemáticas

Las ciencias matemáticas, la física, empiezan también a sustraerse al dominio de las inteligencias ordinarias. En los años en que nuestra generación asistía a las aulas era casi un término desdeñoso la palabra geómetra. Los profesores de esta disciplina eran tenidos por gente de escaso entendimiento, incapaces de elevarse a las altas cumbres del conocimiento. La geometría de este momento en que vivimos presume de haber revaluado a Euclides y con las teorías sobre el espacio hiperbólico y las ampliaciones de la geometría proyectiva se ha elevado a la categoría de las ciencias más complicadas y abstrusas. Hasta hace poco la física era una sencilla disciplina para dominar la cual bastaban la observación y el sentido común aplicados a la experimentación metódica. Nuestros profesores de física hace apenas cuarenta años inspiraban un sentimiento de morigerada compasión a sus discípulos por el campo tan estrecho a que esa ciencia reducía su pensamiento. Para seguir hoy las teorías de Bohr acerca de las funciones planetarias del átomo, para comprender a fondo la teoría de los "quanta"; para seguir a Einstein en su empeño de fijar en una sola las dos nociones de tiempo y espacio es preciso poder navegar, sin temor al enrarecimiento del aire, en las altas regiones de la atmósfera intelectual.

B. Sanín Cano

De *El Tiempo*. Bogotá.

(Concluirá en la entrega próxima)

L
u
la
tie
cas
llo
em
cie
cua
zan
en
tig
ma
ver
no
per
me
tac
Sa
que
e in

La gesta y el testamento político de un poeta italiano contra la tiranía

= De *Crisol*. Madrid =

Desde Ginebra nos envía nuestro querido amigo y colaborador Egidio Reale la siguiente carta:

"Ya que tengo el honor de contarme entre los colaboradores de **Crisol**, quisiera dar a conocer a sus lectores un documento que, aparte su alto valor moral y político, ofrece un gran interés humano.

Es el testamento político de Lauro de Bosis, el joven poeta italiano que ha volado sobre Roma, desafiando a toda la flota aérea del fascismo, para lanzar un mensaje de libertad, y ha perecido en el mar en su viaje de regreso.

Ha buscado la muerte para dar a los italianos un ejemplo. Con el fin de cargar a bordo de su avión la mayor cantidad posible de hojitas no quiso tomar mayor reserva de gasolina que la estrictamente necesaria para el viaje.

De Bosis no era republicano. Acariciaba todavía la ilusión de que la Monarquía saboyana pudiera reparar su traición y devolver la vida a la Constitución jurada y suprimida. Pero en ara de tales ilusiones, ha sacrificado noble, heroicamente, la vida; y ante la grandeza del sacrificio, nosotros, los republicanos, no podemos sino inclinarnos en tributo de admiración.

El mundo se halla hoy harto ocupado en bien distintos quehaceres para reparar en los gestos heroicos de estos últimos idealistas. Y a la persecución del fascismo añade su silencio.

Pero ustedes, los republicanos españoles, que tienen vivo aún el recuerdo de las luchas y de los sacrificios por el triunfo de ideales que nos son comunes, sabrán comprender nuestra pasión y sentir la fraternal solidaridad con los desterrados italianos.

Séame permitido aprovechar esta ocasión para renovarles la expresión de mi simpatía por la incansable batalla republicana que viene librando **Crisol**, y que yo, aunque desde lejos, sigo siempre con el más vivo interés. — Egidio Reale".

Texto del manifiesto lanzado sobre Roma por Lauro de Bosis:

"ALIANZA NACIONAL

¡Militi, Avanguarditi, Balilla! (1)

Comenzad por aplicar la tregua en los armamentos propuesta por vuestros amos en Ginebra.

Mientras asumen en el extranjero la máscara del pacifismo, han transformado ellos a Italia en un inmenso cuartel.

Mientras el mundo pide desesperadamente la paz, no queráis ser vosotros los continuadores del kaiser, no consintáis que Italia siga siendo un polvorín en medio de Europa.

Sed los primeros en pedir la paz, que sólo puede existir allí, donde hay libertad.

¡Madres de Italia, no permitáis que vuestros hijos os sean arrancados a la edad de ocho años para hacer de ellos carne de guerra! ¡Rechazad la educación fascista!

Año VIII del asesinato de Matteotti".

HISTORIA DE MI MUERTE

Mañana, a las tres, en un prado de la Costa Azul, tengo cita con Pegaso.

Pegaso—es el nombre de mi avión—tiene la grupa bermeja y las alas blancas. Aunque fuerte como ochenta caballos, es esbelto cual una golondrina. Se embriaga de gasolina y brinca hacia el cielo como su hermano de antaño; mas cuando quiere, en la noche, sabe deslizarse por el aire cual un fantasma. Lo encontré en la selva herciniana, y su antiguo dueño me lo lleva a la costa del mar Tirreno, creyendo, de buena fe, que ha de servir para distraer a un joven inglés ocioso. Mi acento deficiente no ha despertado su recelo: ¡que me perdone mi ardid!

Sin embargo, no iremos a cazar quimeras, sino, a llevar un mensaje de libertad a un pueblo esclavo, allende el mar. Saliendo ya de las metáforas (que era preciso emplear para dejar discretamente en la niebla los orígenes de mi avión) vamos a Roma, a esparcir por el aire libre estas palabras de libertad, que desde hace siete años están prohibidas como un crimen. Y ello se comprende, pues si fuesen permitidas quebrantarían la tiranía fascista en unas pocas horas.

Todos los regímenes de la tierra, hasta el afgano y el turco, dejan a sus súbditos un poco de libertad. Sólo el fascismo, para defenderse, se ve obligado a aniquilar el pensamiento. No cabe reprocharle el que castigue la fe en la libertad y la fidelidad a la Constitución más severamente que el parricidio: es su única posibilidad de subsistir. No cabe tampoco reprocharle el haber deportado a millares de ciudadanos sin formarles proceso, o el haber distribuído en cuatro años siete mil años de cárcel: ¿cómo podría dominar a un pueblo libre, si no lo aterrorizara con su negra milicia de cuatrocientos mil sicarios?

El fascismo no tiene la posibilidad de escoger. Por poco que se examinen las cosas desde su punto de vista, comprende uno la declaración de su apóstol Mussolini: "La libertad es una carroña". Por poco que se desee la continuación del fascismo, no hay más remedio que aceptar el asesinato de Matteotti, la recompensa otorgada a sus asesinos, la destrucción de todos los periódicos de Italia, la devastación de la casa de Croce, los miles de millones gastados en espionaje y agentes provocadores; en fin, la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de cada ciudadano.

Ya sé que ni los austriacos en 1850, ni los Borbones, ni los demás tiranos de Italia llegaron jamás a cosa semejante. Nunca deportaron a nadie sin proceso; y el total de las sentencias pronunciadas por sus tribunales jamás alcanzó la cifra de siete mil años en cuatro años. Sobre todo, nunca enlistaron en su Ejército de sicarios a los mismos hijos de sus víctimas, según hace el fascismo, que arranca sus hijos a todas las familias (hasta liberales y socialistas) desde los ocho años de edad, para imponerles el uniforme de verdugo y darles una educación bárbara y guerrera. "Amad el fusil, adorad a la ametralladora y no olvidéis el puñal", he aquí lo que ha escrito Mussolini en un artículo destinado a los niños.

No se puede a un tiempo admirar el fascismo y lamentar sus excesos. Sus excesos son su lógica. Para el fascismo, la lógica de su existencia consiste en exaltar al sicario y en abofetear a Toscanini. Se ha dicho que el asesinato de Matteotti había sido un error: desde el punto de vista fascista, fué un golpe genial. Se dice que el fascismo hace mal en emplear la tortura para arrancar confesiones a sus prisioneros; pero si quiere vivir no puede actuar de otra manera.

Es preciso que la prensa extranjera comprenda esta situación. No se puede desear que el fascismo se convierta en pacífico y humano, sin desear al mismo tiempo, y por lo tanto, su liquidación. El fascismo así lo ha comprendido, y desde hace siete años ha transformado a Italia en una gigantesca cárcel, en la que se enseña a los niños a adorar sus propias cadenas y a despreciar a los que no las padecen. Los jóvenes que hoy tienen veinte años no pueden acordarse del régimen anterior. Casi desconocen el nombre de Matteotti. Desde la edad de trece años se les viene enseñando que los hombres no tienen derechos, salvo los privilegios que, según su capricho, les reconozca el Estado.

Mas no hay que creer que Italia se deja engañar. La prueba de que, en su mayoría, es antifascista, nos la da el mismo régimen, por el miedo que evidencia, por la ferocidad con la cual castiga la más leve manifestación del pensamiento libre. Los regímenes que se sienten fuertes no tienen necesidad de recurrir a tal lujo de precauciones.

En junio de 1930 empecé a hacer circular un boletín bimensual de carác-

---

(1) Las tres organizaciones militares del fascismo, que comprenden la milicia y los batallones de juventud e infantiles.

ter estrictamente constitucional, en el cual demostraba la necesidad para todos los hombres de orden de entenderse sobre la actitud que habrán de adoptar el día que se derrumbe el fascismo. Como quiera que el fascismo parece haber tomado como lema: "Tras de mí, el diluvio", o sea, suceda lo que quiera después de mi desaparición, la iniciativa tenía indudable oportunidad. En efecto, el boletín, enviado a Italia, bajo sobre cerrado, como una carta tuvo éxito; y como se adoptó el sistema de la bola de nieve, los ejemplares circularon por millares. Durante cinco meses pude hacer solo el trabajo: cada quince días enviaba 600 cartas firmadas "La Alianza Nacional", con el ruego a cada destinatario de sacar seis copias y remitirlas a seis direcciones distintas.

Desgraciadamente, en diciembre, durante un corto viaje que había tenido que hacer al extranjero, la Policía detuvo a los dos amigos que en mi ausencia se habían encargado de echar las cartas al correo. Fueron sometidos al tormento y condenados a quince años de cárcel. Mario Vinciguerra, uno de los mejores escritores italianos, crítico literario y de arte, fué dejado, durante toda una noche, completamente desnudo, en una azotea de la Prefectura de Policía de Roma; era en diciembre y Vinciguerra estaba enfermo. Luego se le dió una paliza tal, que ha quedado sordo de un oído. Finalmente se le encerró en un calabozo de dos metros por dos, en el cual no había siquiera una silla para sentarse, y cada mañana se le quitaba su cama. Como consecuencia de las protestas formuladas por un Gobierno extranjero y por eminentes personalidades políticas inglesas y norteamericanas, mejoraron un poco las condiciones a que se sometía a Vinciguerra y a su compañero Rendi. Mussolini ha llegado hasta a ofrecerles la libertad con la condición de que firmaran una carta prometiendo fidelidad al régimen fascista; pero se han negado.

En el momento de la detención de mis amigos estaba a punto de cruzar la frontera para volver a Italia. Mi primer impulso fué continuar mi viaje hasta Roma para compartir su suerte. Pero recapacité que el deber del soldado no consiste en entregarse al enemigo, sino en luchar hasta el fin. Fué entonces cuando decidí ir a Roma, mas no para entregarme, sino para proseguir la labor de la Alianza Nacional, arrojando desde el cielo cuatrocientas mil hojas, y luego, o bien perecer en combate, o bien volver a mi base para preparar otros golpes.

El cielo de Roma no ha sido aún nunca violado por aviones antifascistas. Me dije: Seré el primero; hay que poner manos a la obra para preparar la expedición.

La cosa no era fácil, pues para el poeta que soy es difícil hasta ganarse el pan. Y el poeta desterrado hubiera bajado bien pronto los últimos escalones de la vida bohemia. Comencé a trabajar como conserje en el hospital Víctor Manuel, en París. Mis amigos republicanos me decían que en mi pecado estaba la penitencia. En realidad no era sólo conserje, sino gerente y telefonista a la vez. Como preparación para mi vuelo sobre Roma no era muy brillante. Pero entre las facturas del panadero y los recibos de los clientes, aún me quedaba tiempo para preparar mis lecturas y estudiar el mapa del mar Tirreno.

La continuación de mis preparativos forma la parte más interesante de este relato; pero, desgraciadamente, tiene que permanecer en el secreto. En mayo realicé mi primer vuelo solo, en un aparato Farman, cerca de Versalles. Pero supe que mi secreto había sido sorprendido por espías fascistas, y tuve que desaparecer para refugiarme, bajo otro nombre, en Inglaterra.

El 13 de julio salía de Cannes, en un biplano inglés, llevando conmigo 80 kilos de folletos. Como solamente tenía en mi haber cinco horas de vuelo, me marché solo con el fin de no poner en riesgo la vida de un amigo. Un desdichado accidente impidió la realización de mi proyecto. Hube de aterrizar en Córcega y de huir, abandonando mi aparato en un campo. En Italia no les costó mucho trabajo averiguar la personalidad del misterioso aviador. Las Policías de Inglaterra y Francia emprendieron mi busca con un celo que me halagaba verdaderamente: hasta se disputaban mi retrato. Sólo me queda pedirles mil perdones por las molestias que les haya causado.

Ya no podía contar sino con la sorpresa, que constituía mi única posibilidad verdadera. A pesar de todo, Roma se convirtió para mí en lo que el Cabo de Hornos para el holandés del Buque Fantasma: vivo o muerto, he jurado ir. Mi muerte, aunque molesta para mí, personalmente, que tantas cosas tengo aún por terminar, no hará sino realzar el éxito del vuelo. Como todos los peligros se hallan en el viaje de regreso, sólo podrá llegar la muerte después de que haya entregado mis cuatrocientas mil cartas, que con ella quedarán todavía mejor "certificadas".

Después de todo, se trata de dar un pequeño ejemplo de espíritu cívico y de llamar la atención de mis conciudadanos sobre la realidad de su situación. Estimo que, para que caiga el fascismo, es preciso que unos veinte muchachos sacrifiquen su vida con el fin de despertar el espíritu de los italianos. Mientras que en la época del "Risorgimiento" se contaban por millares los jóvenes dispuestos al sacrificio, hoy hay muy pocos. ¿Por qué? No es que el valor de los muchachos de hoy sea inferior al valor de sus padres. No es que nadie tome en serio el fascismo. Es que todos cuentan con el fin próximo del fascismo, y estiman inútil ofrecer sus vidas para apresurar la caída de un régimen destinado a derrumbarse rápidamente. Es un error. Hay que morir. Espero que otros muchos me seguirán y lograrán, por fin, conmover la opinión pública.

Después de haber volado a 4.000 metros sobre Córcega y la isla de Montecristo, llegaré sobre Roma hacia las ocho de la noche. Haré, en vuelo planeado, los últimos veinte kilómetros. Aunque sólo tengo hechas siete horas y media de vuelo, si caigo, no será por falta de pericia técnica. Mi avión sólo hace 150 kilómetros por hora, mientras que los de Mussolini hacen 300. El dispone de 900 aparatos, y todos han recibido la orden de derribar, cueste lo que cueste, con sus ametralladoras, a todo avión sospechoso. A poco que mis adversarios me conozcan, deben saber que, después de mi primer ensayo, no he soltado presa. Si Balbo cumple con su deber, están ya esperándome. Tanto mejor: valdré más muerto que vivo.

Lauro de Bosis

¿Qué hago con mi hijo?

= De la obra *La Grúa*. Buenos Aires. 1931. Envío de Carmen Lyra =

—Hasta luego, mamá!

—Hasta luego, hijito! Espérate!... Ah! ya se fué. Yo hubiera querido... besarlo otra vez. Comprendo... es ridículo, mi hijo ya tiene 22 años. Aunque viendo bien... 22 años, no son nada, casi un chico... Pero, él no quiere ya mimos... Por eso me gusta cuando se va de viaje para besarlo una vez, después otra más y otra... hasta que se va el tren; y entonces no resulta ridículo y sigo mandándole besos. Cuando va de viaje! Pero ahora hace ya año y medio que no sale de casa. Y tanta falta que le hacía salir un poco de este departamento estrecho... Si yo pudiera! Pero cada día tengo menos trabajo, ya no se usan los bordados en la ropa blanca...

No me alcanza lo que gano para los dos. El pobre Carlitos va tener que empezar a ganarse la vida. Dejar de estudiar. Siquiera le consiguiéramos algo bueno. Un empleo lindo... Mañana tengo que ir a ver al doctor Alvarez. Es de los principales del partido. Ya le ha conseguido a otros. Dios mío, yo no sé si tendré cara para ir a pedirle... Cómo le diré? Oh! haré coraje. Le daré razones. Y como él es del partido, lo primero que tengo que decirle es que Carlitos tiene libreta y puede votar... Naturalmente que si él me lo emplea, si me hace ese favor. Carlitos tendrá que votar por ese partido. Sería una deslealtad no votarlo

Sin embargo, me han dicho que este doctor no es "trigo limpio". Pero, paciencia! Yo no he pedido nunca nada... Se acordará de mí, de nuestra relación de familia?

Estoy tan cambiada! Cuando yo era señorita, él tenía pantalón corto. Y si me recibe secamente? No! eran muy buenos. Su madre y la mía eran grandes amigas. Yo, yo fuí la única que deserté de ese ambiente. Me casé, no tuve gran suerte que digamos... Bueno, eso ya pasó, no es importante. Lo que urge es que Carlitos tenga puesto, que gane algo para él, para sus trajes, sus cigarrillos, los bombones para su novia... Oh! sí, porque Carlitos ya tendrá alguna muchacha por ahí que lo esperará... Cómo será? Coqueta? Lo hará sufrir? Linda? El se la merece... porque... no porque sea mío, pero mi hijo es un lindo muchacho, un buen mozo. Da gusto verlo tan elegante y eso que el traje es del año pasado y se está poniendo feo. Si se empleara... el primer mes mismo que cobrara, se encargaría un buen traje. Negro. Mejor negro, así le sirve para salir de noche.

Claro, no se lo voy a dejar poner para diario. Con el lustre que sacan los trajes negros enseguida! Sobre todo si están sentados. Y claro... él, naturalmente seis horas en el empleo... seis horas! Bueno, no se le harán pesadas... Cuando vuelva de la oficina le tendré preparado su mate con masitas o panqueques. Pero vendrá a casa? O se irá a jugar su dinero? Me asusta pensarlo. El padre de Carlitos no era partidario de los empleos en oficinas del Estado. Decía que eran inútiles, que casi todos haraganeaban. Sin ir más lejos, Delfor, el cuñado de mi hermana, se expresó hace poco, en ese sentido, más o menos en la misma forma. En forma despectiva, hiriente. Se puso furioso, hablando de los empleos... "Que habría que mandar a todos a sembrar papas, que esto y lo otro"... Yo no sabía qué contestar, es decir, no podía contestar, porque él no me dejaba hablar... Tampoco no hubiera sabido qué decirle... Tendría razón?... "A sembrar papas". Dónde? Claro! Eso podía haberle argumentado. Dónde? En qué terreno? En el suyo? (Ah! por ahí hubiera ido bien). En el suyo? Ud. tiene treinta leguas de campo... Si Ud. fuera buen patriota... buen patriota. (No, eso no podría decirle, porque me contestaría: Que yo no soy buen patriota? Y el reparto de víveres que se hace en mi palacio todos los 25 de mayo y 9 de julio? Eso, no lo cuenta?) Naturalmente, reparten víveres, hasta ropa... Si... es patriota. Aunque en verdad, si reparte es porque tiene, mejor dicho, porque le sobra... ese día Ud. comió mejor que todos los días a pesar del reparto de víveres sus hijos no quedarían sin postre... No! no es buen argentino señor Delfor, ni argentino ni francés, aunque siempre hable de París, ni nada! Porque si fuera argentino, tendría cariño por estos muchachos llenos de buena voluntad y de entusiasmo por la vida, por estos muchachos que son lo mismo que sus hijos, que hablan su mismo idioma, que ven su mismo cielo, y los ayudaría. No! con limosnas no! haciéndolos hombres. Treinta leguas de campo? Haga chacras, divídalas en pedazos, póngalas en manos de estos jóvenes criollos que quieren trabajar, no por nada, no regaladas, pero a pagar poco a poco, a medida que se pueda... Ya lo creo que Carlitos se iría al campo a sembrar papas y trigo y cuidar vacas, a tener frutales y flores. Pero, no pretenda que vaya de peón a trabajar de sol a sol, para ganar tres pesos... mientras Ud. se gasta diez mil en París, por año...

En una chacra suya o por lo menos pagando poco alquiler, de manera que pudiera darse algunas comodidades. su viajecito a Buenos Aires cada dos o tres años... A ver! quién le da la tierra? Ud. tiene treinta leguas! Repártalas!... Oh! Pero qué estoy pensando? Yo he oído esto a alguno o es que me salió a mi sola, de la cabeza este discurso? Si Carlitos me oyera! Se reiría de mí a carcajadas y me tocaría la frente. No, no tengo fiebre. Yo digo eso y tengo razón al decirlo. Yo tengo un hijo. Para darle vida expuse la mía. Quedé enferma para siempre. Sufrí por él. Viuda, no me quise volver a casar por no darle un padrastro... Sacrifiqué, pues, mi juventud. Me consagré a él. Ahora está grande. Es un hermoso joven, lleno de ilusiones. Quiere ser útil, quiere trabajar, pero no encuentra ocupación. Yo no puedo más. Y tengo que ir a pedir, a un lejano amigo de la familia, el favor de una recomendación para el empleo público. Cierto, mañana mismo. Cómo le diré? Señor diputado... señor... yo venía... si usted pudiera hacer algo por Carlitos... un puestito... lo que sea. Dios mío, ya estoy extendiendo la mano como si estuviera pidiendo limosna. Qué ridículo! o no pido limosna! Yo pido trabajo para mi hijo! Reclamo el derecho de ganar su pan y el de su madre! Dios mío, qué duro es pedir aunque sea trabajo! Cómo le diré? Señor diputado... Bah! me dan ganas de irme con Carlitos al cruce de una calle transitada y gritar a los que pasan, a toda voz para que me oigan bien:

—Aquí está mi hijo. Es mío, lo he criado. Si lo hubiera matado o abandonado de pequeño, todos ustedes me hubieran condenado. Lo hice hombre con mi sacrificio y mi esfuerzo, le dí instrucción y buenos ejemplos, sentido del bien y del mal, es un lindo muchacho. Ahora no puedo hacer más por él, mis años y mis dolencias físicas me imposibilitan seguir ayudándolo.

Pero no hay trabajo, no hay tierra, no hay nada que hacer y yo pregunto, les pregunto a ustedes, que deben saber más que esta pobre mujer ignorante:

— **Qué hago con mi hijo?**

Herminia C. Brumana

La Grúa, por Herminia C. Brumana

En más de un libro, Herminia C. Brumana ha asociado francamente su literatura a una noble finalidad social. Luchadora de posibilidades en este campo, aporta a sus libros el detalle de sus inquietudes y tribulaciones.

Su modalidad—aunque no constante —es sentimental, pero de ninguna manera tarada por una angustia demasiado repetida, ni por un llanto monótono y continuamente insinuado. La autora de **La Grúa** es sobre todo optimista, sabe pasar por encima de experiencias dolorosas. Sus narraciones, alguna de ellas ya publicadas, dan la impresión de copia de ciertas costumbres y revelan casi siempre un determinado estado de espíritu. Esto hace que con frecuencia otorgue a un solo personaje—de bastante proyección objetiva—mucha atención, con desmedro del juego de los demás.

Su prosa no es negativa. Nos describe diversos aspectos de la vida diaria, problemas económicos, ligaduras morales, el apremio y la angustia cotidiana, etc. Más que la realidad de un estilo, es la idea generosa la que nos convence; hay cierta ironía, observaciones felices y, sobre todo, la expresión muy agradable de una franca feminidad. Claro que podría reprocharse cierta tendencia algo indolente a la simplicidad y un afán visible de otorgar cierta teatral preponderancia a los finales.

"Nadie la quiso bien" y "El lunes me caso", nos parece lo más logrado del volumen. Y, en general, nos ha gustado este libro de Herminia C. Brumana, un poco irreverente, un poco altivo, un poco risueño y doloroso, pleno de ardor humano y escrito por una mujer que habla con sinceridad y escribe con desenvoltura y simpatía.

A. L.

(De la revista *Nervio*. Buenos Aires)

Azaña: un político, un estadista

= De *La Nación*. Buenos Aires =

El español que va siguiendo las líneas de nuestro tiempo ha aprendido a estimar algunas cosas que antes desdeñaba, entre ellas, la política. Sólo por una resistencia calcárea a comprender la realidad se mantiene aún en ciertos medios y en ciertos cerebros esa actitud hostil, vanemente crítica contra el político. Todavía en el prólogo de su último libro que reproduce un periódico, Palacio Valdés extrae de su fin de siglo XIX unas tristes frases humorísticas. Ignoraré toda mi vida, a conciencia, lo que dice el libro, pero eso basta. ¡Qué más quisiéramos nosotros sino que de estas Cortes Constituyentes o del último lugarejo saliera el político; mejor dicho, los políticos que necesita España! En el 98 desdeñábamos la política, con sobrada razón. Los muchachos hubiéramos querido otra muy distinta. Cánovas era "el monstruo", ¿pero cómo íbamos a considerar estadista a un hombre que se equivocaba en el problema más grave: el de Cuba? Lo curioso es que las clases altas, conservadoras, que se servían de los políticos, los usaban y los componían; cuando encontraban un hombre excepcional, le atacaban también. Del descrédito de la política y de los políticos se encargaron ellos mismos durante muchos años; pero recuérdese cómo se retiraron del poder Silvela y Maura: asqueados del régimen, de la reina Cristina, del Rey y de sus camarillas. Primo de Rivera, para ocultar la verdadera razón del golpe de Estado: las responsabilidades de Marruecos el año 21, dedicó gran parte de su literatura oficial, él, político de la misma camada, militar, oligárquico, a pulverizar el escaso crédito de los políticos. El económico es necesario. Necesitamos levantar el siglo: la moneda. Pero al llegar la República comprendemos que este otro crédito es también indispensable. Un pueblo que no confíe en sus hombres, y que los consiente seguir a caballo, tiene la culpa él de que lo maltraten.

El político, en días difíciles, tiene que ser el héroe. Bastaría muchas veces con que fuera el discreto. El prudente. El inteligente. Y en todo caso, el que sabe las cosas. El que se entera de las cosas. Todo este género de saber y esta capacidad de comprender siguen en cada época una orientación distinta. Los hombres de 1868 o de 1898 no servirían para 1931. Yo creo que ha sido una gran suerte para la República que en la primera crisis de su gobierno revolucionario provisional, el poder pasara a manos del hombre más nuevo, desconocido de la nación hace un año, pero completamente formado para la política y en posesión de una cultura actual, una preparación, una mentalidad y un lenguaje de nuestro tiempo. Su primer discurso político en las Cortes venía ya después de las reformas de Guerra y bastó para definirle. Era el presidente del gobierno. El estadista. Representaba el momento de hoy con las imágenes escuetas, limpias, puramente intelectuales que la política de hoy exige. Transportemos otras oratorias, clásicas



Manuel Azaña

(Dibujo de *Juan Carlos Huergo*).

o revolucionarias, a la Cámara francesa, por ejemplo. Producirían estupor. Algunas, perfectas e impecables, harían sonreír. Azaña hablaba el castellano claro, preciso para servir la idea. Podíamos prescindir de la forma y quedarnos directamente con el sentido, que es lo esencial y comprobar en el acto si había o no conformidad con nuestro pensamiento, si lo aclaraba, si lo robustecía y finalmente, si le daba el apoyo firme que necesitan las ideas y los sentimientos personales para convertirse en programa político. Horas antes de ese discurso, Azaña les decía a sus amigos de Acción Republicana:—"No aceptaría el poder sino a la fuerza, por imposición y por absoluta necesidad". Al día siguiente hablaba ya a la cabecera del banco azul: "No entendáis que éste ha de ser un gobierno interino"... Las circunstancias siguiendo ese rumbo de azar que sólo el tiempo justifica, le habían llevado en unos meses desde su pupitre del Ateneo a la presidencia del Consejo. Era la situación de las fuerzas parlamentarias la que exigía su destaque al puesto de mayor responsabilidad.

Pero también—y esto a mi juicio tiene más importancia para el porvenir—, era el género de inteligencia, de cultura y de preparación, así como la voluntad firme y sin inútiles gesticulaciones del señor Azaña, lo que le llevaba a la verdadera dirección de la República. Los meses transcurridos desde la apertura de Cortes han realzado la intervención de gentes nuevas. Del escaso número de diputados, residuo del antiguo régimen, apenas intervinieron unos cuantos. Los que ya tenían hecho su nombre apenas han influído tres o cuatro.—No hemos venido aquí los que traemos una personalidad, para ganar, sino para perder—dijo en sus primeras palabras don Miguel de Unamuno. Se equivocaba, en parte. Ortega y Gasset no ha perdido nada. Se ha visto que no es sólo el filósofo, el hombre de estudio, sino también el espíritu vigilante, despierto, capaz de las dos cosas útiles en política: el consejo y la acción. Besteiro, profesor de Lógica, ha ganado, sobre su haber de "leader" y guía del partido, el concepto de una figura seria, enérgica, incansable, apta para afrontar las más difíciles responsabilidades. Fernando de los Ríos, otro universitario, "se ha hecho". Se dirá que ya lo estaba; pero las Constituyentes republicanas exigen mucho de sus primeras figuras, y él ha cumplido las esperanzas y sigue en potencia para otras empresas. Universitarios y socialistas son como de los Ríos, Jiménez Asúa y Sanchiz Banús. El primero, al frente de la comisión del proyecto constitucional, está llevando, con fortuna, la mejor campaña. Universitario es Ruiz Funes, hombre joven, valor nuevo que sobrepasa las cualidades del técnico y honra el plantel de intelectuales de Acción Republicana. Universitario es Sánchez Román, profesor y político de los que pisan con mayor seguridad el Parlamento y saben dónde van y no tienen prisa. Al lado de éstos, en lugar preferido, están los autodidactas del socialismo militante: pongamos como ejemplo más destacados: Manuel Cordero y Trifón Gómez. La política parlamentaria no los conocía. Se han hecho ellos solos en el yunque de la propaganda social y en las luchas y polémicas del partido. Cataluña envía también algunos hombres de estudio que hablan —por encima del castellano o del catalán—el idioma de nuestro tiempo: Amadeo Hurtado, Carner, Lluhí. No trato de pasar revista a las Constituyentes, sino de observar que desde las últimas cortes monárquicas a las primeras republicanas hay un salto brusco. El nivel se eleva. La política se plantea en otro terreno. Preparación y cultura, por una parte. Por otra, educación política, disciplina, conciencia de partido y estudio en vivo, sobre la realidad de los problemas sociales. Para corresponder a este cambio en las funciones del poder era preciso otro hombre de estudio como Manuel Azaña, que considera la preparación intelectual como un arma, no como fin único en sí, como lo demuestra el hecho de que al fundar partido pensó ante todo en la palabra mágica: la palabra Acción, considerando que en política no es bastante la Inteligencia.

Hace meses, pronto hará un año, ante la lucha de izquierdas y derechas que amenazaba con una guerra civil, sangrienta, hasta llegar a la Revolución, y revolucionaria y el dominio persistente ante la pobreza de medios de la acción de la Dictadura, preguntéle yo en un artículo de **El Sol**: ¿Es habitable España? El hoy presidente del Consejo me contestó sonriendo:—Hay que tener fe.

(*Pasa a la página 47*)

Una moderna interpretación de España

= De *España Republicana*. Buenos Aires =

El intenso proceso de transformación, las hondas sacudidas beneficiosamente revolucionarias que viene experimentando España desde el 14 de abril requerían, por parte de los comentaristas extranjeros, alguna fuente de información más histórica y precisa, menos circunstancial y somera que la facilitada por las simples reseñas periodísticas. De haber existido oportunamente esa bibliografía, ese conjunto de libros históricos y críticos sobre la realidad social española, no tendríamos que lamentarnos seguramente ahora de las apreciaciones torcidas y de los dislates irresponsables en que vienen incurriendo al juzgar los primeros actos de nuestra República tantos comentaristas extranjeros en Europa y en América. No digo esto gratuitamente. Aludo—por señalar un caso próximo—a los artículos que en una revista católica de Buenos Aires viene publicando sobre los asuntos de España Manuel Gálvez, ejemplos máximos de improvisación y desfachatez. No es empero mi propósito — harto fácil — refutarlos. Ya nuestros compatriotas Leo Goti, en su folleto "Al servicio de la República", y José Venegas, desde las páginas de "Nosotros", se han cuidado de hacerlo y en forma contundente. Pretendo solamente señalar cómo esa ausencia de libros fundamentales, fuente de información y crítica para enjuiciar las transformaciones republicanas, empieza a corregirse felizmente.

En efecto, acaba de publicarse una obra cuya lectura atenta yo no me cansaría de recomendar a cuantos pretenden ocuparse de la actualidad política española con verdadero conocimiento de causa. Obra no tanto para los lectores españoles—y conste que, por otra parte, ninguno encontrará con qué suplirla y a todos podría servir para refrescarles conocimientos histórico-políticos y puntualizar otros de fecha reciente—como para los lectores extranjeros. Titúlase **España: Bosquejo de historia contemporánea** y es su autor Salvador de Madariaga.

Precisamente estaba hundido en su lectura cuando, hace pocos días, topé casualmente con ese novelista—a que aludía antes—dedicado ahora por razón de su sectarismo católico a despotricar incongruentemente contra las medidas de nuestra República. A cierta altura de la inevitable, aunque amistosa, discusión que se provocó entre nosotros y a fin de cerrarla mediante el arbitraje de un tercero, hube de decirle más o menos: "Debe usted convencerse de que la niquilación por la República de esos tres poderes facciosos, esos tres puntales monárquicos, esos inadmisibles Estados dentro del Estado civil como habían llegado a ser el militarismo, el clericalismo y el capitalismo feudal—mediante la reducción del Ejército, la laicización nacional y la reforma agraria con la intervención del control obrero — eran algo más que el programa de las izquierdas españolas: eran una aspiración nacional, manifestada ya en forma casi unánime desde hace muchos años. Y para persuadirse de ello lea los orígenes de estas cuestiones en un libro estupendo que acaba de salir: **España**, de Madariaga", "Me basta con los diarios. Yo no leo libros sobre esas cosas", me replicó Gálvez con aterradora desenvoltura. "¿De verdad? En ese caso, tanto peor para usted", terminé. Y—me dije para mí—si Gálvez se satisface para juzgar la cuestión religiosa, por ejemplo, con los recortes de la prensa católica y con los chismes que le llevan los clérigos de su amistad—como esa leyenda de las dos monjas violadas públicamente en una calle de Sevilla, según me había contado minutos antes—claro es que le parecerá superfluo leer páginas tan verídicas y tan documentadas como las que consagra Madariaga al clericalismo.



Salvador de Madariaga

(Dibujo de *Juan Carlos Huergo*.)

Pero, afortunadamente, no todos poseen, aun entre los antagonistas de la República, ese aplomo infalible y esa opacidad mental de que alardea el "pulverizador" de Sarmiento. Por ello estimo útil contribuir en lo posible a la divulgación de este libro admirable apostillando y parafraseando sus páginas esenciales.

Y, ante todo, unas palabras sobre su autor. Salvador de Madariaga es una de las "confirmaciones" más notables de la República. No le califico entre las "revelaciones" porque sus méritos ya eran antes bien notorios, al menos para el círculo de sus lectores, y amigos. Rectifica, con todo, y de manera elocuente el escepticismo de esos derrotistas abominables que niegan la aparición de "hombres nuevos" bajo la República. Sus intervenciones parlamentarias auguran ya su futura magnitud política. En la actual escisión — producida durante las Constituyentes—entre "viejos" y "jóvenes", no tanto en razón de su radicalismo como en mérito a la modernidad de su mente y al criterio con que enfoca las cuestiones fundamentales, Madariaga ha afirmado su modernidad de forma incuestionable. Por otra parte, su personalidad literaria ya estaba diseñada en una media docena de libros interesantes. Obras de crítica literaria como **Ensayos anglo-españoles** y **Semblanzas literarias españolas**, otras de singular giro novelesco como **La jirafa sagrada** y **Arceval y los ingleses**. Un magnífico ensayo de psicología colectiva comparada titulado **Ingleses, franceses y españoles** obtuvo hace dos años un premio de repercusión internacional, el que asigna anualmente la revista "L'Europe Nouvelle", de París. Además, la dimensión europea que alcanza la fama de Madariaga— servida por su bilingüismo, ya que escribe indistintamente en español y en inglés — desde hace años ha ido afirmándose en los distintos cargos por donde ha pasado: dirección de la sección del desarme en la Sociedad de Naciones, conferenciante en el Instituto de Estudios Internacionales de Ginebra, catedrático de historia de la civilización española en Oxford y, actualmente, embajador de España en Washington. Con todo, es en este libro reciente, **España**, donde mejor se afirman sus dones múltiples de historiador, político, sociólogo, crítico, literario.

Muchas aptitudes reunidas, efectivamente, eran necesarias para llevar a buen puerto un libro tan vasto y panorámico como el presente. De otra suerte este **Bosquejo de historia contemporánea** hubiera quedado convertido en un simple centón de hechos o en una glosa parcial y limitada como hay tantas. Y, al contrario, hemos de señalar este libro como la primera historia contemporánea en que la interpretación se funde con los hechos formando un todo orgánico de maravillosa eficacia.

El libro abarca desde el reinado de Alfonso XII hasta los últimos días del reinado de Alfonso XIII. Señalo estas demarcaciones porque figuran así en el índice del libro, no porque me parezca

justo poner, como hace el autor, las tres partes en que divide el volumen bajo esos epígrafes reales. Pues sí, precisamente, hay alguna historia que, a diferencia de los cronicones antiguos o de los libros escolares, se aparte de la superstición monárquica y del error de confundir la vida de un rey, sus hazañas y sus rencillas particulares con la vida de una nación, es esta de Madariaga.

Pero soslayando este reproche mínimo vengamos a lo esencial. Ya en las primeras páginas del volumen, al describir sagazmente las postrimerías de Isabel II y criticar en González Bravo, Narváez y Riego—ya sean liberales o reaccionarios—la aparición del militar-político, "tipo que ha sido la maldición de España en los tiempos modernos", el autor nos muestra su agudeza histórica-psicológica en párrafos como éste: "La primera de las cosas externas que llaman la atención del político-militar es el orden. La idea militar del orden es puramente mecánica. Cuando se puede colocar a los hombres en formaciones, de tres en tres o de cuatro en cuatro como peones de ajedrez, hay orden. Si además se les pudiera colocar por orden de talla, eso sería orden celestial. Todos los políticos militares españoles han padecido esta obsesión del orden, sin darse cuenta de que el caso más flagrante de desorden que pueda dar un país es el de poner un general a la cabeza de un poder civil".

En esta primera parte de su libro Madariaga examina puntualmente la situación de España en las postrimerías del siglo pasado, señalando el punto de partida renovador que significa la generación del 98. Admirables por su penetración son las semblanzas que traza de Costa, Ganivet y Giner de los Ríos.

No menos agudas son las páginas que consagra a los líderes de la generación subsiguiente y las diferencias que subraya entre la actitud españolista de Unamuno y la europeizante de Ortega y Gasset. "Unos—escribe, refiriéndose a aquel momento de duda y de revisión finisecular—con Costa y Ortega, predican la europeización: tenemos que hacer de España un pueblo europeo; otros, con Ganivet y Unamuno, vacilan en aceptar todo lo que Europa significa: hijos de Europa sin duda; pero los hijos de Europa no son idénticos. Tenemos nuestro mensaje que dar al mundo. Europa es economista, científica y mecanicista. Nosotros... somos lo que somos. Nuestro principal interés sigue siendo la salvación de nuestra alma. Y ante el reproche de que España no había aportado nada a la civilización mecánico-científica de Europa, Unamuno contestaba: "Que inventen ellos". No en vano le designaba Ortega un día como "el hermano enemigo".

Mayor interés ofrece aún la parte subsiguiente que rotula "Los elementos del reinado" y que se abre con una exacta explicación de la psicología individual y ambiental del ex-rey, clave que sirve para elucidar el absolutismo que no tardaría en practicar descaradamente y que culminó con la Dictadura. Señala cómo la Constitución que el último Alfonso se vió obligado a jurar no pasó de ser una herramienta que Cánovas y Sagasta hicieron para sus métodos de gobierno y que mellaron con el uso. "Además,—agrega—mientras que por abolengo y tradición el rey no podía sentir gran apego a una Constitución cuyo objeto oficial más importante era la limitación de sus propios poderes, por educación y quizá por temperamento, don Alfonso pertenece a una escuela española de pensamiento político que no acepta el liberalismo ni la democracia. Este es el punto central de la cuestión". De ahí Madariaga deduce la tesis de que esas ideas de liberalismo y democracia no llegaron nunca a penetrar efectivamente en España, pues cuando aparecieron en Europa en los tiempos de Rousseau, Voltaire y Franklin, España había dejado tras de sí toda una era de experiencia imperial, rica en pensamiento político, y no pudo acomodarse a tales ideas generosas y universales que estaban en desacuerdo con la dureza natural de su suelo seco, duro y extremado. ¿Es rigurosamente exacta esa tesis? En caso de admitirlo así daríamos la razón a aquellos que sostienen que la crisis mundial del liberalismo no puede afectar a España desde el momento en que España aun no ha vivido bajo un régimen verdaderamente liberal. Las constituciones monárquicas, en efecto, sólo tuvieron una apariencia liberal y un fondo de solapado absolutismo feudal. Ello explica la actitud reservada que frente a los actuales avances radicalísimos adopta un pensador como Ortega y Gasset, quien, enemigo de "quemar las etapas", predica la necesidad de jalonar las marchas, reeditando sus asombros ante la barbarie—de derecha o de izquierdas—antiliberal según ya expuso en **La rebelión de las masas**: "El liberalismo es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta". Lo evidente, con todo, es que una vez comprobado el fracaso de ese liberalismo hipócrita — que España vivió desde la restauración de Sagunto—debe procederse a la empresa de superarlo por vías auténticas y radicales.

Volvamos al libro de Madariaga. Sus capítulos más completos e interesantes son aquellos en que examina con gran riqueza documental y un poder de síntesis admirable las cuestiones básicas de la realidad social española: la cuestión agraria, el clericalismo, el militarismo, la cuestión catalana y la cuestión marroquí inclusive. Son muy escasas las objeciones que despiertan estas páginas y, por el contrario, numerosísimas las ocasiones en que la aprobación del lector puede traducirse mediante enérgicos subrayados. Respecto al clericalismo, Madariaga comienza su examen del problema afirmando que éste es un mal que desconocen los países protestantes. En efecto, una de las causas de la perdición de la Iglesia—de su ensoberbecimiento, de su pretendido imperialismo espiritual y material—ha sido la falta de contradictores. Esta opinión no es de Madariaga ni mía. Es nada menos que de un jesuita, del Padre Villada, y la recoge y comenta Américo Castro en un artículo reciente de **Crisol.** "Sería difícil—asevera objetivamente Madariaga—hallar una nación en donde el clericalismo sea un enemigo más rígido de toda transacción razonable con el espíritu del tiempo que la España contemporánea. La historia del siglo XIX en España habría sido mucho más tranquila y rica en resultados si la evolución del pueblo español se hubiera hecho en ausencia de todo clericalismo y de todo militarismo".

Ninguna razón tienen, por consiguiente, quienes intentan modificar las decisiones de las Cortes Constituyentes sobre este punto alegando razones culturales en pro de las órdenes religiosas, cuando precisamente esas mismas razones por sí solas aconsejarían lo contrario. Justificadamente Madariaga se extraña cómo la Iglesia española, "un tiempo gloriosa, y liberal, que con Victoria y Suárez fundara el Derecho Internacional y con Mariana definiera el principio democrático, haya venido a degenerar hasta producir los curas guerrilleros y las monjitas místicas y simuladoras". "Desde el siglo XVIII hasta hoy—corrobora por su parte Américo Castro—el pensar y el sentir católicos en la península han asumido formas tan precarias y modestas que Europa puede decirse que las ignora".

Citemos por nuestra parte otro caso, en lo que se refiere a su honestidad moral. Y es aquella base del Concordato de 1851 en que se creaba un régimen de excepción a favor de tres congregaciones religiosas. Pero aconteció que, habiéndose nombrado solamente dos, todas las demás pretendieron pasar por la tercera... Con ello y con agregar que al advenir la República había en España cerca de cinco mil conventos, y más de ochenta mil frailes y monjas está dicho lo hábilmente que esos elementos supieron aprovecharse del equívoco aludido.

De "pretorianismo" más que de "militarismo" califica acertadamente Salvador de Madariaga el problema que el ejército había llegado a crear en España antes de las conocidas reformas implantadas por Azaña. Los orígenes del mal arrancan, a su juicio, de la guerra de la Independencia y se prolongan con las guerras civil y colonial del pasado siglo. Señala cómo desde la Restauración el ejército cambia en reaccionario el sesgo liberal que había manifestado, antes y cómo este cambio se debió, por contragolpe, al espíritu de ciudadanía que tendía gradualmente a crear una colectividad nacional capaz de apoyarse sobre base propia. Hace historia luego de cómo se produjo la ley de jurisdicciones y de cómo el ejército de fuerza nacional que era se fué trocando en fuerza del rey. "El rey se apoya en él contra el movimiento de avance del progreso civil. El presupuesto de guerra llegó a hacerse sagrado para manos civiles. Los cargos de ministro y subsecretario de la Guerra quedaron monopolizados en general, sin que fuera posible su acceso a

los civiles. El Ejército y su administración llegaron a ser un Estado en el Estado".

Fuera tarea excesivamente prolongada ir subrayando una a una las apreciaciones más certeras de los restantes capítulos. Asimismo requerirían mayor espacio que el de un artículo parafrasear detenidamente las páginas, quizá las más substanciosas del libro que consagra a la narración circunstanciada de los hechos políticos y sociales que van desde la mayoría de edad del ex-rey hasta las vísperas de la República. El análisis objetivo, la narración veraz y minuciosa que Madariaga efectúa de tales sucesos auguran ya el colofón definitivo. Por la simple concatenación de los hechos, aun el lector más adverso al nuevo régimen no podrá dejar de reconocer que el desenlace, la salida de este "callejón sin salida", no podía ser otra que la República.

Ni un solo momento necesita recurrir Madariaga al énfasis doctrinario, a la desfiguración de hechos o al parcialismo interpretativo para mostrar en toda su crudeza, en toda su "imposibilidad" de supervivencia, el panorama político español de estos años últimos. Precisamente—subrayémoslo bien—esa objetividad, esa veracidad irrecusable, ese tono sereno en que el autor se mantiene siempre es uno de los mayores méritos del libro y que le asignan el valor de un testimonio único. No en vano el libro fué originalmente escrito en inglés y para un público británico: y no en vano también Madariaga posee esa lucidez, esa claridad británica, tan distante de apasionamiento ibérico. Por todo ello no es hiperbólico decir que **España: Bosquejo de una historia contemporánea** es un libro tan admirable como excepcional. Sobre su consiguiente utilidad para cuantos—extranjeros especialmente—aspiren a hablar con rigor y conocimiento de causa acerca de España, no hay que insistir. Por lo tanto, no toleremos más las sofisticaciones en que algunos comentaristas extranjeros se obstinan al hablar de la república y recomendémosles—como al principio indiqué—la lectura urgente de esta oportunísima y moderna interpretación de España.

Guillermo de Torre

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

De Crisol, Madrid, trasladamos esta interesante respuesta:

Acaba de ponerse a la venta la única edición completa, en español, de ***El Capital***, de Carlos Marx. (Madrid, editorial M. Aguilar, 60 pesetas); pero no se lo recomendamos para empezar. Mejor será para Ud. el tantas veces indicado por nosotros, de Mac. Donald, ***Socialismo***, publicado en los "Manuales Labor," número 67, así como la ***Historia de las ideas políticas*** de la misma colección; los dos recientes de Marín Civera titulados: ***Socialismo*** y ***El Sindicalismo***, el primero en folleto de divulgación, de los "Cuadernos de Cultura" (Valencia), 0.60 pesetas y ambos de venta en cualquier librería; el segundo (Valencia, Pascual Quiles, 1931), más extenso, vale tres pesetas; los ***Artículos marxistas*** de Volney Conde-Pelayo, publicados hace poco y de venta en la redacción de "El Socialista" (Carranza 20, Madrid). Además: ***Los fundamentos teóricos del marxismo***, por M. Tugán-Baranowsky (Madrid, editorial Reus, 1915); Fernando de los Ríos, ***El sentido humanista del Socialismo***, (Madrid, Javier Morata, 1926), y, aunque de menos fácil adquisición: ***El problema social y el Socialismo. Una solución***, por don Pedro Pérez Díaz, (Madrid, editorial Renacimiento, hoy C. I. A. P., 1915).

También copiamos de Crisol el fallo de setiembre de 1931 dictado por la ***Asociación del mejor libro del mes***, en Madrid:

Examinados por este Comité los libros aparecidos durante el pasado mes de septiembre, acordó señalar como «el mejor libro del mes»: ***Llama de cera***, por Concha Espina, y como recomendados los siguientes: Nicolás Espinosa Cordero, ***Historia de España en América;*** César Falcón, ***Crítica de la revolución española:*** Alicio Garcitoral, ***El paso del Mar Rojo;*** Gregorio López y Fuentes, ***Campamento;*** H. Portell Vilá, ***Céspedes;*** doctor Rodolfo Reyes, ***Ante el momento constituyente español;*** E. Salazar Chapela, ***Pero sin hijos;*** Guillén Salaya, ***El diálogo de las pistolas;*** Ramón J. Sender, ***El verbo se hizo sexo;*** Jaime Torrubiano Ripoll, ***Los Concordatos de la postguerra;*** Luis Villaronga, ***Azorín;*** Mas Berr, ***Historia general del Socialismo y de las luchas sociales;*** O. Domanevskaia, ***El Socialismo agrario en la Rusia soviética;*** Pierre Dominique, ***Sí, pero Moscú;*** F. Dostoievsky, ***Pobre gente;*** René Gonnard, ***Historia de las doctrinas económicas;*** Román Goul, ***Savinkov. Los lanzadores de bombas;*** Johnston, Stapes, Waelbroeck, etc., ***Orientaciones industriales de hoy;*** Kurt Lamprecht, ***Los voluntarios del Reichstag;*** Josef Löbel, ***Desde la boda hasta el amor;*** Alejandro Marai, ***Los rebeldes;*** Camilo Mauclair, ***La espléndida y áspera España;*** André Maurois, ***Turgueniev;*** A. Mouskheli, ***Teoría jurídica del Estado federal;*** Pietro Nenni, ***La lucha de clases en Italia;*** O Piatnisky, ***Memorias de un bolchevique;*** Eça de Queiros, ***El conde de Abraños;*** Jules Renard, ***La linterna sorda;*** Rabindranath Tagore, ***La religión del hombre;*** Manuel Ribeiro, ***El desierto;*** doctor Pierre Vauchet, ***El enigma de la mujer;*** Arthur Wauters, ***La reforma agraria en Europa.***

Componen la Comisión Calificadora:

Azorín, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Ricardo Baeza, Pedro Sáinz Rodríguez.

Señalamos, y estamos leyendo:

Del novelista costarricense José Marín Cañas: ***Tú, la imposible.*** Novela. Memorias de un hombre triste.

También leemos:

Preceptos, por Moisés Vincenzi. 1929. San José de Costa Rica.
Mi segunda dimensión, por Moisés Vincenzi. Tercera edición. 1930. San José de Costa Rica.

Del Dr. F. Carrera Justiz, de la Habana:

Sumarios para un programa sobre ciencia del urbanismo y ***El régimen de las grandes ciudades, con especial referencia a la Habana.*** 1930.

Raquel Sáenz (Avenida Brasil 2549, Montevideo), ha publicado un libro de poemas, cuyo título es:

Bajo el hechizo, 1931.

Esta novela de Francisco R. Villamil (Itiuzangó 1477. Montevideo. Uruguay):

El sentido de la vida. «Impresora Uruguaya». Montevideo. 1931.

F. González Guerrero, nuestro amigo, (Ave. Michoacán Sur 107. Mixcoac, D. F. México) nos ha remitido un ejpr. de

Homenaje de México al poeta Virgilio en el segundo milenario de su muerte. 1931.
Un libro que honra a México y a su Gobierno.

Como suplemento de «Barandal». México, D. F. 1931:

Dos nocturnos, por Xavier Villaurrutia.

Como envío de la Biblioteca de la Universidad Nacional de Tucumán:

Adán Quiroga: ***Petrografías y pictografías de Calchaquí.*** Con un mapa y 219 figuras. Buenos Aires. 1931.

Como envío de la Sociedad Jurídico-Literaria, de Quito:

César E. Arroyo: ***Galdós.*** Madrid. 1930.

Cortesía de los autores:

Delie Rouge (Casilla 1632. Santiago de Chile): ***Magda Aguilar.*** Novela. Stgo. de Chile. 1931.
Horacio Zúñiga: (Agricultura 95. Tacubaya, D. F. México): ***Mirras.*** Poemas orfébricos. 1931.
Modesto Chávez Franco, Guayaquil: ***Crónicas del Guayaquil antiguo.*** Guayaquil. Obra premiada con «Premio Unico» en el concurso promovido por el Consejo Municipal de Guayaquil. 9 de octubre de 1931.

Un novelista colombiano que nos interesa: José Restrepo Jaramillo, acaba de publicar:

David, hijo de Palestina. En elegante edición de las Ediciones de la Librería Pérez. Medellín. Colombia. 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Poesías de Ismael Enrique Arciniegas

= Envío del autor =

Del libro *El sol en los caminos:*

Cromo vespertino

En alto risco de la oscura falda
Al viento un árbol su ramaje inclina,
Y el campo, entre la calma vespertina,
Tiene un verde sombrío de esmeralda.

Brilla ancha ceja de zafiro y gualda
En el poniente, sobre gris neblina,
Y el sol, para morir, más se ilumina,
Y en rojos arreboles se enguirnalda.

Desde el río, al rumor de la floresta,
Subiendo van, de campesina fiesta
Cantos alegres y animadas voces;

Y, al fulgor de la tarde, azul y puro,
Se ven brillar entre el trigal maduro,
Como vivos relámpagos, las hoces.

Croquis campesino

Entre la sombra, un resplandor del alba
Ya con la estrella matutina asoma,
Y el horizonte lentamente toma
Un vago tinte, sonrosado y malva.

Helado viento de la cumbre calva
Viene; en los huertos al pasar se asoma,
Y el raudal que entre peñas se desploma
Saluda al día con rumor de salva.

El bosque todo es música de trinos,
Mientras que sube en el confín distante
El humo de los techos campesinos;

Y el gallo, firme, y la actitud enhiesta,
Finge que el cielo, con el sol radiante
A su clarín en el azul contesta.

Tarde campestre

Como un enorme tajo corta el monte la zanja
Que de la serranía lleva el agua al molino,
Y entre las altas rocas y el cielo vespertino
Destella de arreboles una encendida franja.

Dora un fulgor intenso de color de naranja
El trigal; hay aromas de huerto campesino;
Y como roja mancha, lejos, junto al camino,
Se ve en medio de árboles el techo de una granja.

El trabajo del día terminado en la siega,
Van, lentos y seguidos del gañán, por la vega
Ya sin yugo los bueyes al conocido pozo;

Y a la luz de la tarde, repleto de gavillas
De trigo, avanza un carro; y el carro es alborozo
De cantares y música bajo rojas sombrillas.

Impresión dominical

Tras la bondad del cielo que socorre,
Con el toque final de la campana
La gente a misa por entrar se afana;
Luego al mercado de la plaza corre.

Se ve después al Cura que recorre
Las ventas bajo ardiente resolana:
Una limosna con unción cristiana
Pidiendo va para acabar la torre.

Trigueñas aldeanas, por la calle
Luciendo pasan, con esbelto talle,
Trajes ligeros y bordadas golas;

Y en el billar, ante la grey sumisa,
El Alcalde reviéntase de risa
Después de hacer catorce carambolas.

Cromo matutino

Al río bajan en tropel las greyes,
De polvo entre un oscuro remolino,
Y se estremece, al viento matutino,
Dando aromas, hilera de mameyes.

Como mástiles se alzan los magueyes
En el azul reposo campesino,
Y ante la venta, a orillas del camino,
Pasa un carro que tiran mansos bueyes.

A misa toca la aldeana esquila,
Y detrás de la clueca, en larga fila,
Cual puntos suspensivos van los pollos;

Bramar en el corral se oye una vaca,
Y se esponja, entre olores de albahaca,
La voluptuosidad de los repollos.

A orillas del Magdalena

Un arenal, y otro arenal.
Un arco
De bronce ardiente, finge el cielo. El río
Se va extendiendo con color de charco
Hasta los troncos de un palmar sombrío.

En el agua dormida reverbera
El sol.
Y en la aridez de la ribera,
Junto a sombría zarza,
Esbelta, blanca y sola, cual si fuera
Lirio del arenal, se ve una garza.

Del libro *Tiempos coloniales:*

Dama colonial

Como radiosa evocación lejana,
En marfil, cuyo brillo ya amortigua
La edad, se ve la miniatura antigua,
Entre un círculo oval de viva grana.

La diadema en airón que la engalana,
De su raza los timbres atestigua,
Y aún se percibe bajo luz ambigua
Su belleza ideal de sevillana.

¡Noches de la Colonia!... La imagino
ante el Virrey Solís, en reverencia,
Con su donaire y su perfil divino,

Cuando entre níveas blondas, como espumas,
De los minúes marcaba la cadencia
Con su abanico de carey y plumas.

(1931)

Español aventurero

Si escudo no me veis de roja barra,
Señora Encomendera de «Pasquilla»,
Pechero os juro que no fuí en Sevilla,
Cual Pero Antúnez mentiroso narra.

Combatí contra el moro en la Alpujarra,
Fuí a Flandes con los tercios de Castilla,
Y lo mismo que esgrimo la cuchilla
Punteo en el estrado la guitarra.

En mi linaje y mi valor fiaos,
Que esta gente locuaz santafereña
Enredos siempre en los corrillos forja.

Y si el fin no sabéis de «los pijaos», (1)
Preguntad, doña Elvira, a vuestra dueña
Lo que dice de mí don Juan de Borja.

(1931)

(1) La tribu de «los pijaos», la más aguerrida que encontraron los españoles en lo que es hoy República de Colombia, fué sometida y exterminada a principios del siglo XVII, siendo Presidente del Nuevo Reino de Granada, don Juan de Borja.

El hijo del Virrey

«El Chorro del Fiscal» en la sombría
Noche turba el silencio; en la calleja
Aulla un perro, y una candileja
Vacila lejos, en la noche fría.

La bruma envuelve la alta serranía,
Y la luz de una alcoba se refleja,
Con vagos resplandores, en la reja
De hierro de doña Ana de Mejía.

El hijo del Virrey pasa embozado;
En el negro sombrero, rica alhaja,
Y el manto, por la espada levantado;

Y mientras su cendal rompe una nube,
La luz dormida de la luna baja,
Y la canción de una guitarra sube.

(1931)

La hija del Virrey

En el Palacio virreinal, un día
Bordando estaba, al lado de su dueña,
El blanco velo de un altar, risueña,
La hija del Virrey, doña Mencía.

Y el doncel don Beltrán, señor de Chía,
De Cajicá y Sopó, como quien sueña
Miraba en la almohadilla de estameña
Que un alfiler y otro alfiler hundía.

Y temiendo el enojo de su orgullo
Le dijo don Beltrán con voz de arrullo:
¡Cuántos quisieran ser vuestro acerico!...»

Dejó el bordado, se encendió en sonrojos,
Y un fulgor de relámpago en sus ojos
Pudorosa escondió tras su abanico.

(1931)

Lápida sepulcral

«1.700» dice la piedra abandonada;
«1.720» después. La piedra rota
Agrega: «Mari»...Fúlgida visión entonces flota,
Flota en el pensamiento como visión alada.

María...¡Ya dos siglos!...¿Quién fuiste, flor tronchada?
Tu nombre mutilado, como una esencia ignota
Viene a evocar ensueños desde una edad remota...
¿Quién fuiste? ¿Blanca y rubia? ¿Bella y de azul mirada?

Te veo, y me imagino tu plácida agonía...
En mañana de lluvia, tu faz reflejaría
La luz ultraterrena con que soñó tu anhelo.

Y serías entonces como incienso que sube,
Como aroma de lirio, como callado vuelo,
Y como en alba de oro, níveo como de nube.

(1931)

"La Calle de El Arco"

(Cuadro de 1700)

En el «Arco» que va desde el Convento.
Sobre la calle, a «La Tercera», oscila
Una trémula luz. Toque de esquila
Vibra en el claustro acompasado y lento.

Es media noche. Ni un humano acento
Se oye en la paz de Santa Fe tranquila,
Y la Comunidad, en doble fila.
Se desperezа entre el silbar del viento.

A la luz vaga de la luna, como
Una pulida lámina de plomo,
Junto al «Humilladero», brilla un charco.

Ráfaga fría cual lebrel aulla,
Y los monjes, alzada la cogulla,
Van pasando en silencio por el «Arco».

(1931)

El poeta Ismael Enrique Arciniegas

Discurso pronunciado por Gonzalo Zaldumbide en el Salón Máximo de la Universidad Central, Quito. El acto en homenaje al señor Arciniegas, actual Ministro de Colombia en el Ecuador, lo organizó la Sociedad Jurídico-Literaria de Quito, el 5 de Noviembre pasado

= Tomado de la interesante revista *América*, de Quito. =

Mi querido poeta:

Amistades como la nuestra tienen la virtud y el encanto de perdurar a través de todos los cambios y vicisitudes. Si es verdad que el Ministro de Relaciones os llamaba, más cierto aún es que el amigo os deseaba. Es pues el amigo de siempre quien ahora os saluda. Felizmente vuestra misión, aunque múltiple en aspecto y atenciones, es una sola en el fondo; y me bastará hablar aquí de vuestra condición de poeta para dar a entender el espíritu de cordialidad y sinceridad que inspirará la labor de acercamiento que tan acertadamente se os ha confiado.

Os recibo rodeado de algunos amigos para vos nuevos, pero para quienes vuestro nombre y obra son familiares de tiempo atrás; todo aquel que estrecha vuestra mano franca, tendrá la sensación de conoceros de antiguo: pues, quien ha leído una estrofa vuestra, de esas que andan volando de hoja en hoja, vale decir como de boca en boca, ya no os olvida. Vuestro renombre os ha precedido y así estáis aquí como en casa vuestra. No necesito presentaros. Mas si tuviera entre los dedos la pluma de vuestros **Paliques,** contaría varias anécdotas espirituales de vuestro paso por París, en donde me pareció tan natural encontraros por primera vez, que fué cual si desde antes hubiéramos comenzado la sabrosa charla que todavía no acaba. Llegasteis a nuestro viejo París tan embebido de lo mejor de su espíritu que no hacíais sino continuar la línea de vida que os habías trazado en el arte. Deambulabais por sus calles y salones como un ambulante florilegio francés en castellano, prodigando el tesoro poético que habíais acumulado antes de llegar. Vuestras traducciones de los poetas franceses, vuestras propias poesías, eran las elegantísimas credenciales que todo el mundo os reconocía.

Como emblema y símbolo de lo que os debía la poesía francesa, recordaré sólo el beso, **l'accolade** con que, nuestro viejo Haroucourt, el hosco poeta recluído entre las antiguallas del Museo Cluny, os agradeció efusivo uno de los momentos de más grata emoción de su vida, cuando rodeándolo en vuestra casa de un auditorio escogido, recitasteis en su presencia la versión que mucho antes de conocerlo habíais hecho de algunos de sus poemas. Por una parte, recordaré tan sólo cómo, en mi casa, intimasteis con Unamuno, que andaba huraño entre franceses como buen español que era y desahogaba su murria de desterrado hablando entre americanos como entre los suyos, y os convencía en un rincón aparte del alto valor literario de **Efigenia** cuando vos creíais, viendo a Teresa tan bella, que con eso le bastaba y que todo lo demás le era por demás.

Mas, no hablemos aquí de París, aunque para vos como para mí nos era grato y familiar como la aldea nativa. Porque si se ama a París aun antes de conocerlos, cuánto más dulce y fuerte es su imperio cuando se ha convertido, en fuerza del hábito y la comprensión, en una especie de prolongación de nosotros mismos. Pues si París es la ciudad del mundo más difícil de explicar y definir, es la más fácil de asimilar subconcientemente. No hay sino que recordar cuán difíciles son de domar las otras grandes capitales y cuán refractarias al extranjero son las pequeñas, para apreciar ese don de captar voluntades que París ejerce sin esfuerzo alguno. Ciertas ciudades patéticas de nuestra España, ciudades de sugestiones perturbadoras de Italia, de Oriente, de Africa, nos hacen pensar repentinamente en lo extraño del destino errante y como sin raigambre, nos ponen en el corazón un lacerante deseo de felicidad o de un olvido estable. Mientras que en París ni siquiera uno necesita ser feliz de veras para estar contento. Es la villa de las consolaciones innumerables. Entre las infinitas compensaciones que ella nos ofrece, alguna se encuentra siempre, que basta a volver la vida interesante; ya sea el arte, o la ciencia, o el placer, o la sociabilidad todo os convida en apropiado ambiente y no forzado o intermitente como en otras partes. Y uno ni se pregunta si es París quien ajusta los espíritus y los corazones más desemejantes a su ritmo propio, o si somos nosotros quien calla, en el París múltiple y flexible, un París especial a imagen y semejanza de las propias inclinaciones. Porque París complaciente, teje y desteje la misma tela que nuestros sueños.



Ismael Enrique Arciniegas

Recuerdo cómo gustabais de él. Mas, yo se que al recordar todo esto, y por eso lo hago, no avivo vuestra nostalgia. Ni quiero tampoco aludir al contraste entre la universal hospitalidad de la capital del mundo y la intimidad de este aprisco de casas adormecidas en un regazo recóndito de los Andes. Quiero sólo decir, y esto en honor vuestro, que en todas partes sois el que sois y valéis lo que valéis; y que, como andáis, ora absorto en vuestra ensoñación de artífice de versos puros, ora atento, con los ojos del cuerpo o del alma, únicamente a lo que en redor vuestro suscita en vos una sensación de poeta o una inspiración de artista, sabréis encontrar aquí como en cualquier parte vuestro pasto espiritual, color para vuestra paleta, metal para vuestra forja. Y de antemano os agradecemos por lo que de nuestra tierra habréis de cantar sin duda y en forma tal que perdurará, inmune al paso del tiempo, acaso más que lo que se construye en otros terrenos sujetos a lo deleznable de todo lo material o a lo versátil de la fortuna.

Enamorado sois del arte no perecedero. Y trabajáis, trabajáis la forma como una prenda de perennidad.

Cultor de la forma; escultor de la imagen poética, artista amante de la perfección: palabras que en estos tiempos se ha pretendido vaciar de su contenido, tomándolo como un juego de paciencia o una manía de esteta lleno de escrúpulos y remordimientos. Hoy hay que hacerlo todo como a la carrera. No importa que asimismo desaparezca. Pocos son ya los que como vos, hacen, deshacen, rehacen un soneto cinco o diez veces. Una asonancia. la más leve semiasonancia, os obseden; y hasta que no fulja primorosa y neta la pulcritud de la orfebrería, vuestro buril se afana infatigable.

Vuestro afán ejemplar es recomendable como norma de probidad intelectual y artística a las nuevas generaciones. Recordando el arduo ideal, perseguido, alcanzado a veces por Leconte de l'Isle, por Joseph María de Heredia, y más cerca de nosotros por vos mismo, decía yo, no hace mucho, en alguna parte, cuán deseable habría sido que en medio de nuestra anarquía tan prematura, persistiera el viril influjo de los Parnasianos, no porque su escuela encerrase el secreto de la poesía, pues no hay escuelas sino poetas, y el poeta de verdad lo es, por extravagante o absurda que sea la forma de expresión que adopte; sino más bien por cierta necesidad pública de ejemplos de conciencia artística, de exigente prurito estético y de vocación unívoca. Ahora el rigor de un soneto parece a muchos impacientes sólo un abuso de la tradición y despierta en ellos sonrisas de ironía fácil y satisfecha ignorancia. Mas, por ajenos que sean al secreto de la perfección, nadie puede desconocer esa especie de milagro que es un soneto logrado. El soneto es vues-

tro arte por excelencia, vuestro ideal predilecto. Tenéis razón. Un soneto perfecto es un regalo de los dioses. Parece venir preestablecido y predestinado. Todo obedece en él a tan íntima correlación entre sus partes que se diría ordenado por invisible gravitación a girar sobre sí mismo conforme al número y medida de su armonía interior, más perceptible en el zumbar de las rimas, a la extremidad del verso, como en antenas estremecidas. Es el placer completo del intelecto y de la sensibilidad, participa de la matemática y de la arquitectura, de la música y de la plástica. No a otro arquetipo aspiran vuestros sonetos.

Bien, pues, mi querido poeta. Excusad a un viajero la brevedad de este cordial saludo que nada debe a la cortesanía ni en nada obliga vuestra gratitud. En respuesta a estas breves palabras, casi improvisadas si las comparo con el estudio que yo hubiera querido hacer de vuestro arte prolijo y exacto, sólo os pido, os pedimos todos, para regalo de nuestros oídos y nuestra mente, que os dignéis recitarnos unos cuantos de esos poemas en que, trasponiendo las heredianas normas heráldicas, habéis cincelado cosas y gentes de nuestra historia y de nuestras tierras. Las habéis fijado en contornos de una precisión cabal: tallados como diamantes, reverberan a la luz cambiante con sus iris independientes.

Abrid vuestro pequeño cofre y quedaremos colmados.

Gonzalo Zaldumbide

Estampas

Un crimen sombrío del machadato.—¿Miraremos, sin protestar, el exterminio de los heroicos estudiantes cubanos?

= *Colaboración directa* =

Qué cubano de honor avisará un día la muerte de Juan Marinello? Porque en ese exterminio bárbaro en que se convulsiona la dictadura de Machado, toda vida noble está expuesta a morir asesinada. Marinello ha denunciado con valor un crimen sombrío, horriblemente sombrío. La carta que publica **Repertorio** en su última entrega es espantosa. Quién puede leerla sin el dolor terrible que produce la tragedia? El estudiante de medicina Félix Alpízar ha cometido el crimen de rebelarse contra la dictadura machadista. La dictadura suelta en su persecución unos sayones que lo acribillan a balazos. Félix Alpízar lucha y herido busca refugio en un hospital. Dos estudiantes son avisados y conducen al compañero a lugar seguro. Nuevo grupo de sayones les da caza y matan allí mismo a Félix Alpízar.

Sencilla historia en la narración de Marinello. Cuba, en donde se encuentra Cuba? Por los crímenes que la dictadura machadista comete sin que ninguna nación, ni gobierno, ni asociación de hombres proteste, parece estar Cuba en la geografía de un continente sin relación con el mundo en que vivimos. Y sin embargo, es un crucero de la civilización. Allí no más está vista y sentida por millares de almas. Pero nadie ni nada tiene vitalidad para acabar con la vergüenza de un régimen oprobioso. De Cuba han hecho festín las grandes organizaciones capitalistas norteamericanas que son dueñas del azúcar, de la electricidad, de la banca, de las industrias. Las organizaciones gobiernan y dan respaldo material a la dictadura sangrienta. El cubano de honor siente cómo lo mata el contubernio de esas fuerzas malditas. Quiere redimir a su patria. Y en esa tarea gigantesca lo acecha la dictadura. Félix Alpízar no transigió con el régimen. Y el que no transige tiene que desaparecer asesinado por los agentes de entraña podrida.

El ejemplo grande lo dan los estudiantes cubanos, hombres y mujeres. La dictadura adivina que son un poder, el único poder que puede liberar a Cuba y entonces ha decretado exterminio. El estudiante tiene una conciencia justa de los males que la dictadura sedimenta. Es honrado y combate francamente. No tiene miedo. En medio del terror esparcido por la dictadura él se mantiene fuerte y luchador. Le cierran el aula universitaria para dejarlo sin unidad, para aislarlo. Pero la diseminación lo recoge más y le hace más honda la aspiración de redimir a la patria. Como se multiplica y es indomable, la dictadura machadista grita sin cesar: asesinato, asesinato con ellos. Los sayones afilan cada día su puñal porque de vil que es, con cada muerte pierde su filo. Las cárceles abren su podredumbre y la echan sobre el estudiante para acobardarlo, para asfixiarlo. Dentro de ellas se tortura, se envenena, se viola. La organización de los sayones agota todas las astucias y todas las crueldades para hacer infame la vida del estudiante prisionero.

Pero el estudiante cubano no capitula. Viene un año y otro y el estudiante sigue resuelto, iluminado por un resplandor heroico. Tanto héroe ha creado la tragedia de Cuba, tragedia de siglos, que cada generación encuentra la voz que infunde en ella majestad. Ahora se la asesina por mandato del sátrapa. Y no sabe el sátrapa que los próceres cubanos cuando dieron su sangre fecundaron el espíritu de muchas generaciones. Los estudiantes son fieles a la memoria de los próceres. El sentido de patria que ellos les dejaron vive y se revela. El machadismo pretende exterminarlo e ignora que el exterminio es a él al que consume. No verán estos pueblos indiferentes a la tragedia del estudiante cubano, llegar un ocaso fatal.

Pueblos indiferentes, negados a comprender la responsabilidad que tienen en los males de cada uno de ellos. Eso son todos. La carta de Juan Marinello puede distribuirse por los cuatro puntos cardinales y no mueve conciencias. A quién va interesar una dictadura que diezma generaciones, que acaba con Cuba convirtiéndola en factoría norteamericana? Y decir Cuba es decir Venezuela. Cuánto han dicho estas páginas de **Repertorio** de las dos dictaduras sangrientas. Acogedoras y valientes las ha hallado el perseguido y el libre que ha querido decir su palabra honrada. Nada, o muy poco, han movido, sin embargo. Todavía lee el lector preocupado elogios de escritores no mercenarios a los dictadores. Duele pensar que un escritor no mercenario sienta moverse su pluma en loa y en desagravio para el sátrapa. ¿Qué dictadura no es bárbara? Machado y Juan Vicente Gómez, tienen los mismos procedimientos de exterminio. Lo que uno viene usando desde hace varias décadas, el otro lo pone en práctica conforme las generaciones de honor lo combaten. A ambos se les ve en la miserable tarea de arrebañar pueblos. Y unidad que no baje la cabeza es unidad muerta. En Venezuela los estudiantes son perseguidos y asesinados. En sus cárceles padecen torturas inimaginables y mueren comidos lentamente por los gusanos, o desgarrada la carne por el pus de la infección. Gómez no quiere gente rebelde, porque el rebelde piensa, delibera y el pensamiento y la deliberación no toleran tiranías. También Machado cree lo mismo y aplica a Cuba la cartilla de crímenes del gomecismo.

Hemos hecho el paralelo de los dos regímenes que son, como la Guayana de que habla Araquistain, un oprobio

para América. Y lo hicimos por el desaliento profundo que nos causa ver en **Repertorio** el elogio del escritor Fernando González al gomecismo. El dolor de Cuba es igual al dolor de Venezuela. ¿Cómo entonces condenar el machadismo movidos por la carta valiente de Juan Marinello y no tocar con igual indignación las declaraciones del escritor González? Si **Repertorio** es tribuna para discutir ideas, mantengámonos, los que en él tenemos el privilegio de la colaboración, ceñidos a la orientación grande que don Joaquín García Monge le ha dado. Ideas, que es decir sugestiones que impulsan a crear, es el acopio que cada cual debe traer a esta hoja libre. Al difundir por la América nuestra las ideas del escritor González acerca del gomecismo, ha querido don Joaquín hacer pensar. Este escritor no es de pluma mercenaria. Y sin embargo, juzga a Gómez con un respeto incomparable, como si juzgara, por ejemplo, a Sarmiento, que se sacó de la entraña la patria argentina. "Juan Vicente Gómez—asegura—es un hombre grande, una fuerza de la Naturaleza". La conclusión la hace después que viaja por Venezuela.

¿Y Machado, preguntamos al escritor González, no es también grande, no tiene ese volumen que la Naturaleza se arranca de siglo en siglo para depositarlo en los sesos de un privilegiado? Viajeros que no quieren oír porque sólo les interesa el panorama externo. Ven una nación pero no la oyen. Para oírla hay que tener oídos. Y los oídos incomodan en país tiranizado. La percepción auditiva se aplica al alma de un pueblo. Entonces se siente su dolor. Pero mientras lo que satisfaga sea lo externo, el gesto, la postura, no hay posibilidad de penetrar en la realidad de un pueblo. Para ver si Machado sigue el camino de los constructores de naciones el viajero despreocupado no tendría que preguntar, por ejemplo, en dónde vive Carmen Ituarte de Alpízar. ¿Qué valor tendrá en su juicio acerca de Machado constructor de Cuba-nación el dolor espantoso de una madre heroica? Félix Alpízar se opuso a que Machado construyera una nación. Y el crimen fué castigado asesinando al estudiante presumido. Estas fuerzas de la Naturaleza no deben perturbarse. Tienen la órbita que un destino superior les trazó y variarla es hacerse acreedor a la muerte por mano asesina. La pena profunda en que la madre cubana agoniza valerosa y fuerte no entra en las cuentas de los viajeros despreocupados. Por eso el escritor Fernando González no puso en Venezuela su oído junto al corazón de aquel pueblo. ¿Para qué escuchar gemidos de gente blanducha? Las cárceles venezolanas encierran, como las cubanas, a millares de vidas sepultadas sin duda para siempre. Allí las tiene Gómez que es grande, que es una fuerza de la Naturaleza. Y las tiene por rebeldes, por no querer arrebañarse, por no comprender las muy osadas, que de siglo en siglo, del vientre de mujer anónima nace criatura con todos los privilegios del predestinado para formar naciones.

No tenemos ni esperamos tener jamás perfiles de escritor, pero en el ejercicio humilde de la pluma no aguarde sorprendernos ningún lector en elogio de los tiranos. Nos conmueve profundamente el dolor de los hombres. Nos acercamos a su pena y si es el tirano el que la ha producido, gritamos como ahora a la madre cubana a quien le asesinan su hijo: "Tu sí que estás creando una patria, porque en el hijo que le diste infundiste probidad".

Juan Marinello, como es de insegura su existencia en Cuba. Padece usted el bien de que le infundieran probidad y las tiranías no la toleran. ¿Qué cubano de honor avisará un día el asesinato suyo?

Juan del Camino

Cartago y enero del 32.

Azaña: un político, un estadista

(Viene de la página 40)

Y hay que trabajar un poco porque esto llegue a ser habitable. Fe en la acción y fe en la virtud del propio pensamiento. Nadie podía decirnos entonces que poco después Azaña iba a convertir en realidad, punto por punto, un programa al parecer tan puramente intelectual como el de la reforma del Ejército. El año 17 habíamos ido a Italia, al frente austriaco, en misión oficial Azaña y yo, con Unamuno, Américo Castro y Santiago Rusiñol. Unamuno y Castro, profesores, hablaron mucho en todo aquel viaje de literatura y de filología. Rusiñol era el artista que se encuentra a sí mismo en la mayor diversidad de paisajes y de situaciones. Escribía sus articulitos divertidos para la **Esquella de la Torratxa**, en Udine y en Goritzia y en Venecia, sentado diez minutos en la escalera del patio de los Dux. El único que veía, callaba y guardaba era Azaña. ¿Vino de aquel viaje su interés por la política militar? Sin duda era anterior. Al año siguiente—enero de 1918—daba en el Ateneo las conferencias que reunió en su libro "Estudios de política francesa contemporánea". Quien las lea hoy verá que no ha habido improvisación. Del mismo año es la asamblea del Partido Reformista en que asumió Azaña el encargo de redactar ponencia sobre política militar. Allí están enunciados los problemas, indicadas las soluciones. Ejército para la guerra. Instrucción obligatoria. El servicio de plazo muy breve. La oficialidad del ejército no será tan sólo profesional. Reducción —o supresión—del fuero de guerra. Apartamiento de la política. "Para preparar el tránsito del régimen militar vigente al que aquí se proyecta debieran adoptarse las disposiciones siguientes: Clausura de las academias militares. Colocación del mayor número posible de oficiales excedentes en otros destinos, respetando como base de la reforma, los derechos adquiridos al amparo de las leyes". En Marruecos política de protectorado, repatriación progresiva del ejército de ocupación y formación de un ejército voluntario. Todo, con mayor o menor fidelidad se ha respetado. Lo que no era posible respetar sin riesgo de quedarse para siempre en expectativa, era el régimen. La monarquía. Azaña salió de la posición reformista para trabajar primero por la alianza de los republicanos, con Lerroux, Albornoz, Marcelino Domingo, y luego por la de republicanos y socialistas. El lazo de unión fué él. Y él fué quien tuvo desde el primer día el programa de la Revolución, el ideario de nuestra República.

Luis Bello

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

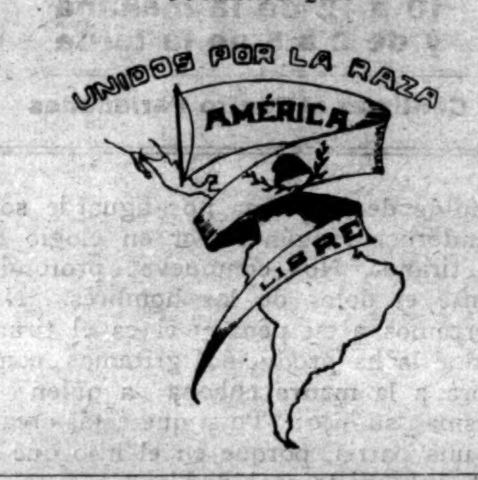
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡ 2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.00 / El año, $ 5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

La estimación extranjera

REPERTORIO AMERICANO

= De *América*. Quito =



En toda la vida intelectual hispanoamericana, en lo que va del novecientos, ningún organismo tan consciente, tan seguro de su labor americanista, como éste dirigido por el noble y alto espíritu de J. García Monge.

Erguido a la altura tropical del continente, no parece sino que sus antenas cordiales e inteligentes, ungidas con la gloria de los destinos grandes, estuviesen atentas siempre, recogiendo las más lejanas repercusiones culturales de América y del mundo entero.

Así lo vemos, pues, encarnando en la medida—que es difícil medirla—de sus fuerzas heroicas y generosas, el alma de las bellas teorías de civilización, de cultura, de superación, que nos vienen de Montalvo, de Martí, Rodó, hasta nuestros modernos hombres nuevos.

Ejemplo de altivez, de lucha, de dignidad intelectual y de verdadera conciencia americana, es el simpático semanario costarricense. Su autoridad en la difícil labor de selección y valorización de nuestras realidades intelectuales, es algo así como un tamiz para la depuración triunfadora de los movimientos políticos o estéticos de América.

Dos actividades de por sí arduas, y por lo mismo dignificantes, las que desarrollan las fuerzas vitales de **Repertorio Americano.** Hay que verlo—con ojos que mirasen el vuelo de un cóndor, por ejemplo—estación receptora y difusora del desarrollo de la vida de nuestras naciones iberoamericanas y las extranjeras, por un lado, haciéndose eco, con admirable sagacidad, de aquello que en la evolución de nuestras fuerzas humanas, tiene su verdadero valor en todos los órdenes civilizadores: social, político, educacional: y hay que verlo también, por su otro lado,—el de su actividad difusora—echando por los vientos de sus dos mares, a toda la extensión de América, la dádiva inapreciable de su labor, que por sí sola supera a todo otro trabajo, a toda otra doctrina o ideología que exista y se realice en los actuales tiempos, en el sentido de acercar a los pueblos americanos por lazos de su mutuo conocimiento. Y he aquí este aspecto del único periódico que en América puédese aplicarle con verdad el nombre de americano y continental;—por su misión tan ampliamente sentida y cumplida—y que, ningún otro lo haya esbozado siquiera en nuestro territorio, o que en igualdad de aspiraciones haya evidenciado el empuje viril de **Repertorio Americano.** Queremos referirnos—y con la profunda simpatía que nos inspira— a ese sentimiento de dignidad racial, a esa conciencia—lo repetimos—de ciudadanía americana que alienta la obra de libertad—porque esta es su lucha esencial—en que viene empeñada la vida de este gallardo paladín del ideal americanista. Así se lo ha visto, con una rotunda temeridad noble y franca, erguirse en toda la altitud de su valor, en una lucha formidable y desigual, contra todos los adversarios vernáculos y exóticos, que han hecho de América y siguen haciendo aún el maravilloso feudo de las más inicuas explotaciones.

Centinela del honor continental, sus doce años de intensa actividad cultural, de infatigable lucha por la civilización y autonomía de América, dan por si solos la certeza de la existencia del espíritu americano—alma de la estirpe hispanindia en ignición de mejoramiento—lleno de sus potencias vírgenes y robusto de savia nueva, propulsora ésta de las excelencias raciales hacia el camino natural de su perfeccionmiento.

Todas las nobles voces libres de Hispano-América, que bajo nuestros cielos democráticos han tronado por nuestra independencia, y salido, limpias y apostólicas, por los fueros de nuestra personalidad racial, han hallado, en el seno valiente y generoso de **Repertorio Americano,** eco admirable, eco de resonancias halagadoras, donde ha vibrado, en vibración sintética, el alma, toda ensueños y toda pujanza también, de los pueblos de América.

Y, si los organismos culturales intelectuales, son, en todas las naciones del mundo los termómetros que marcan — temperatura de la civilización—el grado de avance cultural de las razas, aquí, en América—entre otros muy pocos—ninguno como este vocero autóctono—por todo lo que hay en él del alma americana—que cumpla mejor su alta finalidad de mostrar, en los límites continentales y fuera de ellos, el valor de todas nuestras realidades presentes, y la evidencia de todas nuestras posibilidades futuras.

El pensamiento americano, que en él ha encontrado y encuentra siempre, seguro y franco asilo para sus rebeldías, débele reconocimiento cordial, como lo deben todos los pueblos que de Río Grande a la Patagonia, piensan en su libertad, en el desarrollo de su vida, llamada a mejor destino, por cuyos intereses, él—**Repertorio Americano** — ha venido consagrando sus fuerzas, tan noblemente sacrificadas en nombre de la existencia y la libertad americanas.

Y bien ganada, en la jerarquía intelectual de Hispano-América, su preeminencia—de anunciador y faro—dignificadora. Ya, el pensamiento continental ha de reconocer: que el semanario de Costa Rica, tan valientemente conservado, y en cuyo espíritu vive el espíritu de América, es y será—así al menos deséanlo y augúranlo nuestras esperanzas—el noble defensor de los democráticos y libres intereses de nuestros pueblos, cuyas jóvenes generacions, conscientes ya de sus destinos, recogen con entusiasmo su inaudita lección de dignidad.

Antonio Montalvo

Imprenta LA TRIBUNA